

1880

Antonio RUBIO GÓMEZ



Antonio Rubio Gómez.



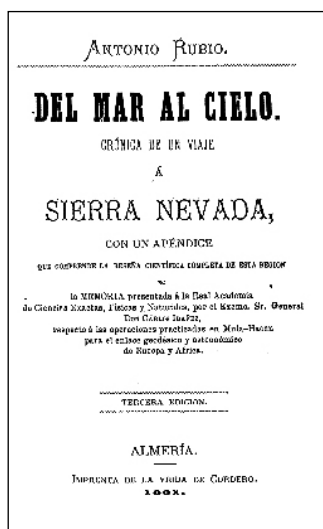
Olallo Morales Lupión (1852-1889).

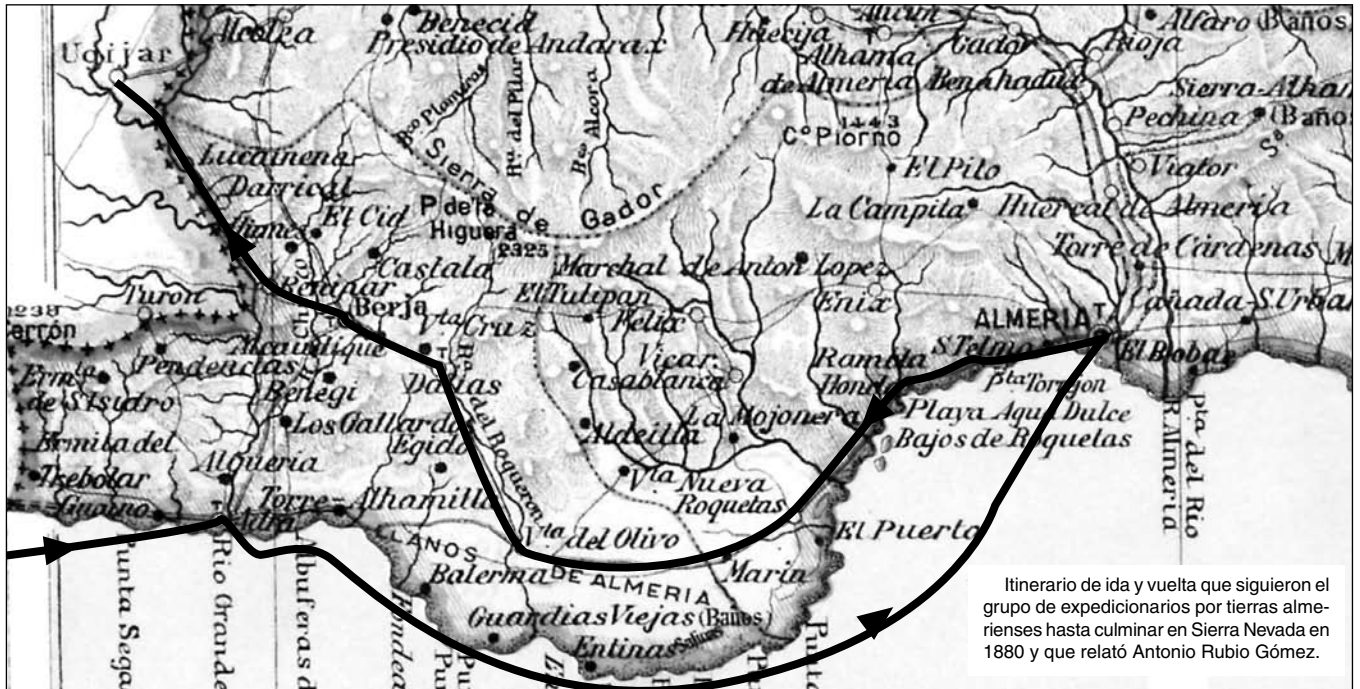
(Granada, 1836-Almería, 1902) Maestro granadino con inclinaciones literarias, afincado en Almería desde 1857, de tendencias políticas progresistas (incluso republicanas en el Sexenio Revolucionario, 1868-73), fue un escritor y destacado promotor de entidades culturales (Ateneo de Almería, *Revista de Almería*, 1879-1884, Círculo Literario) o colaborador en el ambiente intelectual de finales del s. XIX (Cronista de la ciudad).

El relato de la aventura, o “asalto a la Sierra”, muestra el enorme interés y expectación que Sierra Nevada despertaba en la periferia más cercana, como también entre alpinistas, botánicos, científicos y “touristas” de toda España y Europa. El grupo de entusiastas expedicionarios estuvo compuesta por 4 individuos: el propio Antonio Rubio, Francisco Olallo, un tal José V. (del que nada más conocemos) y el alma de la misma, Olallo Morales Lupión, hermano del anterior y verdadero impulsor y organizador de aquella excéntrica aventura al Mulhacén; miembro de conocida familia burguesa con intereses mineros, viajero por el mundo (Europa, Asia Menor, Egipto y Palestina), estudioso de la astronomía y de la música, con largas estancias en Centroeuropa; vivió en Estocolmo hasta que, obligatoriamente, tuvo que retornar a Almería para dedicarse a los negocios familiares. Muere con sólo 37 años en 1889.

La ansiada expedición fue preparada concienzudamente tanto por los conocimientos de botánica como por libros de viajes de Alarcón, literatura histórica sobre la rebelión de los moriscos, el diccionario de P. Madoz (que luego utilizaría A. Rubio a su paso por Adra para establecer una anacrónica y virtual conversación con D. Pascual); igualmente se pertrecharon ampliamente de aparatos técnicos de medición. La exploración de Sierra Nevada tenía, por tanto, un interés de curiosidad científica, pero también de aventura elitista por conquistar las altas cumbres y de afán costumbrista y exótico romanticismo. Provistos de 5 bestias de carga y dos guías, el viaje comienza en Berja el 17 de julio y continúa por Benínar, Darrícal, ríos Yátor y Ugíjar, ramblas de Yegen y Mairena, Cádiar, Narila, Alcútar, Bérchules, Trevélez y subida a la cumbre de Sierra Nevada. El regreso se hizo por el barranco de Poqueira hasta Órgiva, Lanjarón y Motril, embarcando con dirección a Almería, con escala previa en Adra.

La información está sacada del libro: *Del mar al cielo. Crónica de un viaje a Sierra Nevada, con un apéndice que comprende la reseña científica completa de esta región y la memoria presentada a la Real Academia de Ciencias Exactas, Física y naturales por el Excmo Sr. General D. Carlos Ibáñez, respecto a las operaciones practicadas en Mula-Hacen para el enlace geodésico y astronómico de Europa y África*; 3ª ed, impreso en la viuda de Cordero de Almería en 1881. En 1994, la General de Granada, dentro de su vasta e interesante colección sobre Sierra Nevada y la Alpujarra, dirigida por M. Titos, ha realizado una edición facsímil con estudio previo de A. Sánchez Picón, cuya información hemos manejado para la presente síntesis sobre los protagonistas y la expedición.





SOBRE EL MAR. LA LÍNEA RECTA. UN PUEBLO Y DOS POETAS. OTRO POETA ÁRABE DESMENTIDO

Al crujir el chasquido del látigo, se dio el contrasentido de que la pereza arrastrara a la diligencia. Los enflaquecidos caballos, siempre temerosos del bataneo despiadado de sus huesos, corrían en dirección a la carretera de Poniente, con toda la celeridad que era permitida a sus *cuartos*, *esparavanes* y demás achaques.

La acción del drama comenzaba para mí en Almería, a las cuatro de la tarde del jueves 15 de julio, día por cierto calurosísimo y sofocante, a pesar del viento del Este que nos *picaba de popa*. ¡Oh! El Levante parece aquí el aliento de un condenado.

Pasamos plazas y calles, y al revolver de una, que es indudablemente de las más anchas del mundo, puesto que su acera fronteriza está en África, a las cuarenta leguas de distancia, vi parado un joven moreno, de buen aspecto y elegante apostura, que contemplaba el paso del carruaje, que me conducía a Berja, donde hacía dos días me esperaba mi compañero el *Judío errante*, ocupado en allegar datos y recomendaciones, mulos, sirvientes y algunos efectos para la comenzada expedición.

¡*Pare V...!*, *pare V!*, grité al conductor del coche, luego que hube reconocido al joven antedicho. El enardecido automedonte, dando una prueba de amabilidad, poco común en los de su especie, refrenó los *tiros* y dio la orden de inmovilidad, con una *ooo* tan prolongada que duró cinco minutos.

¿*No se atreve V. a venir?* Dije a aquel *pollo* almibarado, en quien desde luego reconocí a un hermano de nuestro compañero *el de la ciencia*, que, como he dicho, nos aguardaba en Berja.

El joven reflexionó un instante, y por toda contestación asaltó al estribo, y penetró conmigo en la berlina. ¡*A Mula Hacen!* Fue lo único que dijo, después de estar bien arrellanado en el ángulo que iba desierto.

El coche partió de nuevo como un rayo.

Casi me arrepentí enseguida de mi imprudente provocación, pues aunque aquel joven, por su desgracia, vive dueño de sus bienes y de voluntad, era sin duda grande imprudencia haberle hecho a última hora una invitación tan intempestiva, exponiéndole a grandes fatigas y terribles cambios de temperatura, sin otros preparativos ni traje que el elegante *chaqué* de paseo. Pero ¿quién había de suponer que el tal *pollo*, que se disponía sin duda a recrear sus ojos en la contemplación de alguna femenil maravilla, había de



desistir de sus eróticos proyectos, sin otros ruegos que una ligera indicación, agregándose, sin los exordios, a una expedición de la que tantos hombres graves habían desertado, después de un detenido examen de conveniencias?

Desde luego, me consolé pensando que íbamos a Berja, pueblo donde ambos hermanos tienen familia y bienes, y donde por descontado habría papel y plumas para escribir a Almería la heroica resolución, así como también ropa prestada para combatir la intemperie que nos aguardaba, después de aquel sudar y aquella asfixia que a la sazón experimentábamos. Y después de tales reflexiones, me alegré, y mucho, de tan buena compañía, que me auguraba buen humor perpetuo y administración constante de rápidas agudezas y oportunos chistes, pues el mozo en cuestión, despejado y cariñoso, era a la vez de lo más ocurrente y entretenido.

Se había modificado la resta de la *Cervecería*, aumentándose el residuo en la unidad; y éramos ya tantos como los pies de un banco, y como las estaciones, y como los lados del cuadrilátero, y como las témporas, y como los evangelistas, y como las virtudes cardinales, y como... etc.

La carretera de Aguadulce

Llegamos al arranque de la nueva carretera, abierta en el durísimo pecho de los cerros que recortan el Poniente de la población, y fuimos dejando atrás la *Ciudad del Espejo*, la bella *Urci*, el *Portus magnus*, y el puerto nuevo, con su larga lengua de piedra tendida sobre las olas, y las chimeneas de las fábricas, como otros tantos obeliscos levantados a la industria; aquellas chimeneas que, no consideradas bastantes para

retener en sus fauces los preciados humos de la fundición, se prolongan, se tienden, se enroscan y se revuelven por los desnudos cerros, como caprichosos laberintos, trayendo a la memoria los nombres de Ariadna y de Teseo, o como enormes serpientes de plateadas escamas que se agitaran por las montañas, levantando allá lejos sobre sus siluetas las descarnadas cabezas que vomitan un aliento cálido y denso.

Gigantes cortes abiertos en el pedernal, inmensas escolleras, inverosímiles gargantas forman aquella carretera, debida sin duda al inventor de la pólvora, sin cuyo poderoso auxilio allí se estuvieran aquellas moles tan enteras como en el día de su nacimiento. A la derecha se ven planos perpendiculares que avanzan hasta el cielo; salientes peñascos de proporciones colosales que hacen encoger instintivamente la cabeza del viajero que bajo su peso se aventura; atrevidos taludes y voladas escarpas que amagan muy en serio resbalar de sus niveles para cometer cualquier atrocidad; y a la izquierda, allá abajo, batiéndose eternamente a muerte con los promontorios agudos, o con los temblorosos peñascos, lanzando espumarajos de cólera y rugiendo ferozmente al considerar su impotencia, se ve el mar; el mar a vista de pájaro, dilatándose verde de ira por una inmensa extensión al sentirse flagelado por el Levante; el mar con su arqueado horizonte, sus lejanas brumas, su superficie montañosa, sus abismos oscuros, sus nevadas cimas azotadas por el ala de las gaviotas, sus borrascosas corrientes, sus destellos de fuego, sus móviles masas, su ruido aterrador, su espacio infinito, su majestad imponente que hace reconcentrarse el pensamiento en las grutas del cerebro asombrado de tanta magnificencia.

Allá al frente se divisa, ya cercano, un escarpadísimo cerro que parece una salvaje cabeza, cuya nuca se halla sumergida en las olas, y en cuya barba, empinada al cielo, descansa un castillo formidable. Es el cerro del Torrejón, es el castillo de San Telmo, vigía de piedra levantado, como todos los compañeros de la costa, para imponer respeto a los rapaces berberiscos de los pasados tiempos y a los atrevidos contrabandistas de los modernos.

Sobre la derecha se ve como una cinta blanquísima que, en violentos zig-zag, se recorta y revuelve, se agudiza y serpentea cerca de la silueta de la cordillera. Es el antiguo camino de Roquetas, difícilísima senda abierta por los franceses entre los riscos de las montañas, como las muchas otras obras de esta especie



La tortuosa carretera de "bajamar" por el Cañarete en dirección a Aguadulce. (Reproducida del libro *Almería entre dos siglos*, La Voz de Almería).

dejaron para recuerdo de la *barbarie*, aquí, donde todo eran vías de comunicación, resguardados puertos, seguras gargantas y... toros. Aquel camino, hoy desechado, pero que el patriotismo ha estado explotando por espacio de setenta años, parece como el collar de la cordillera, así como el nuevo que llevábamos, podría tomarse por su cinturón.

Al llegar a un recodo formado por el camino, sobre una rambla que desemboca al pie del cerro del Torrejón, volvimos atrás la cabeza para contemplar por última vez a Almería. Aquello era como el *Suspiro del Moro* granadino. Debo decir en honor a la verdad que, menos conmovidos nosotros que el pobre Boabdil, no derramamos una lágrima siquiera y, por tanto, aunque allí hubiésemos tenido al lado una Aixa inexorable y adusta, se hubiese tragado, bien a su pesar, por importunas e injustificadas, aquellas célebres palabras de "*Llora, llora como mujer, ya que no has sabido defenderla como hombre*". ¡Cuándo digo a VV. que la señora madre del Rey *Chico* era una hembra de pelo en pecho! Y sino, ya lo verán más adelante.

Pasamos un esbelto y elegante puente de cinco ojos, tendido sobre la pequeña cala que forma el mar a la desembocadura de la rambla antedicha, y siguiendo entre acantilados formidables, sobre puentes atrevidos, bajo amenazadores peñascos y al borde de cortes elevadísimos, llegamos a las faldas del *Cañarete*, donde se veía, como colgada del cielo, la antigua carretera, sin tocar con los pies en tierra, haciendo contorsiones con todo el cuerpo, como una vieja recién ahorcada.

El camino hasta allí recorrido es de lo más pintoresco que puede darse. No se sabe qué admirar más

en él, si la belleza continuada del inmenso paisaje marítimo que ante la vista se desarrolla, o el trabajo demolidor del hombre, poderoso *pigmeo* de la creación que arranca sierras, enlaza mares, escala cielos, explora abismos y remueve con la invisible palanca de su pensamiento el planeta que sirve de gigante escalón.

Cerca del sitio por donde a la sazón pasábamos, se observa uno de esos fenómenos o caprichos que la juguetona naturaleza se complace en poner de manifiesto. A la orilla de las olas, no diré entre las arenas, sino en el mismo borde de las saladas espumas, brota un abundante manantial de agua cristalina y dulce, que nunca achica ni crece, mezclándose enseguida con las ondas amargas, y perdiendo por ende toda su gracia y virtud.

Esto sucede ¡oh amado Teótimo! Con las malas compañías.

Poco más allá empieza a nacer un niño, que quizás se haga un hombre con el tiempo. Me refiero a unas cuantas casas de reciente construcción, cuyo número aumenta considerablemente y que, a la vuelta de algunos siglos, quizá pueda ostentar en su escudo lo de "*muy heroica, noble y aún decidida por la libertad*", etc. Menos hizo seguramente Dido para fundar Cartago. ¡Oh poder germinador de las carreteras!

Camino y campo de Roquetas y Dalías

Penetramos en el campo de Roquetas, cuya amenidad encomiaría si yo fuera hombre capaz de levantar falsos testimonios; y allá a la izquierda, y sobre la orilla del mar, se descubren los restos insepultos de una torre o fortín, que nuestros cariñosos amigos los ingleses hicieron pasar a mejor vida, en los primeros años del siglo, cuando tuvieron la *abnegación*, no diré santa, de venir a protegernos contra nuestros *enemigos* de allende el Pirineo.

El territorio por donde prosigue la carretera tiene poco de agradable, pero mucho de pedregoso y estéril; a alguna distancia, por la derecha, aparece la Sierra de Gádor, llamada en otro tiempo *Sierra del Sol*, con sus dos picos gemelos, nombrados *Las dos Hermanas*, (y por cierto que son bien crecidas) al lado de su respetable mamá, la Punta del Sabinar, que aún conserva su buen ver, y aparece bien erguida y esbelta, a pesar de que los que son muy altos suelen ir un poco *acapachados*. Dicha señora no mide menos de 2.100 metros de estatura, lo cual ya es algo para poderse dar tono de buena moza.

Allá, al otro lado, se distingue a Roquetas, pequeño pueblo agarrado con ansia a la playa, esperando que Dios le depara *una buena suerte*; que tal llaman allí los indígenas de baja estofa a los naufragios que ocurren en sus bajíos, en cuyos desastres suele el pueblo filosófico apegarse a las doctrinas comunistas con el mayor entusiasmo, anexionándose con decidido arrojo los restos que *el Señor les depara*, y todo a pesar del enojo y de los culatazos de los adustos carabineros, que rara vez son fuertes a contener aquellas aves marítimas rapantes de la indignación de las personas cultas, que se disputan, por otra parte, la buena administración de aquel *bajalato*.

Se remudaron los *tiros* en la venta de la Cesarea, y allí noté un contrasentido extraño; es a saber, contentamiento manifiesto en los cesantes, y poquísimo regocijo en los activos (hablo de los caballos;), y penetramos luego en el Campo de Dalías, allí donde el desheredado Mohanmet II (Boabdil), confinado al Andarax, esparcía su ánimo acongojado cazando liebres con galgos, y donde yo, sin ser destronado, ni Rey, había también cazado otras veces, y por los mismos medios, los veloces tataranietos de los que habían tenido la incomparable dicha de sucumbir a presencia de tan desventurado Príncipe.

El paisaje es triste, uniforme, monótono. Vamos formando línea divergente con la playa, siguiendo un plano, una recta interminable de lo más cansado y desesperante, que me hace recordar aquellas inacabables llanuras de la patria de D. Quijote, donde partíamos en diligencia viendo enfilada la torre de la iglesia del pueblo, al que, a todo correr, habíamos de llegar muchas horas después.

No sé por qué los ingenieros tienen ese amor, esa pasión por la línea recta, cuando ella es de lo más detestable y contrapuesto a la naturaleza. Obsérvense, en apoyo de mi tesis, todas las cosas que más nos admiran y cautivan por su belleza o por su magnificencia, y se verá que, no el balde, tengo declarada guerra, por antiestética, a esa desagradable serie sucesiva de puntos que siguen todos la misma dirección.

Curva es la bóveda de los cielos, y el disco de los astros, y la superficie de los mares, y el contorno de las montañas, y la caída de la catarata, y el iris brillante que aparece en los aires como pórtico del empíreo, luego que se deshace la tempestad. Así como la naturaleza, según los físicos, tiene horror al vacío, aborrece



y odia de la muerte la línea recta. Pero ¿qué digo, cuando hasta los mismos ingenieros rinden el tributo de su corazón a estas afirmaciones, al enamorarse perdidamente de una mujer? Sí, de la mujer, que pudiera definirse matemáticamente diciendo que es la carencia absoluta de rectas. Guerra, pues, a esas líneas antinaturales, inventadas por el *cuero facultativo* para la eterna desesperación de los caminantes.

Se oculta el sol, aburrido de ver el tedio que refleja nuestro semblante, y yo se lo agradezco en gran manera, pues me tenía ya medio calcinado su descarada presencia; así es que no tengo humor de describir los cortinajes tornasolados, los pabellones de grana y oro, de rosicler y plata, tras de los cuales tiene su dormitorio.

Ya esto es otra cosa; ya podemos mirar al frente sin temor de que nuestros ojos sean heridos por la penetrantes saetas de la luz; ya podemos ver los caballos jadeantes que nos arrastran, y sus aguzadas orejas, siempre temerosas de la vista de la fusta, y sus crines batiendo el aire. ¡Oh! no hay duda que el viaje en diligencia es más alegre y entretenido que en ferrocarril. Aquí se recrean los ojos y los oídos en la contemplación de paisajes y el ruido de las campanillas, y en las breves, pero expresivas filípicas, apóstrofes y catilinarias con que el conductor anima a los galopantes cuadrúpedos; a qué está el individuo en la completa

Aspecto de desolación que presentaba el Campo de Dalías hacia 1961, semejante al que vio Antonio Rubio cien años antes. (Foto R. Octobón. Reproducida de *Farua*, número extraordinario sobre la Historia de Adra, 2006).



posesión de su autonomía, aquí es una persona, y casi ciudadano libre; mientras que, embutido en un tren, el *yankee* más liberal, el alemán más pensador o el andaluz más bullicioso van convertidos en fardos con precinto; en *cosas* traficables, en *género*, en *artículo* sin voluntad, sin acción, sin ver otra cosa más que el vértigo de una naturaleza que parece haberse vuelto loca, sin oír más que ruidos monótonos y atronadores aullidos que desgarran el tímpano, y respirando, en vez del aroma de los vergeles atravesados, las partículas sofocantes del pestilente carbón.

Decido, pues, que sólo viajen en ferrocarril los agentes de negocios, los *corredores* de cambio, o los que se vean precisados a escapar de los *ingleses*.

Y diría un poeta: “*La noche tiende su negro manto...*” etc.; es decir, casi lo mismo que lo que canta el protagonista de *Jugar con fuego*; y yo, por no plagiar a nadie, diré en otros términos.

Empezaba a oscurecer cuando llegamos a la venta del Empalme, vértice donde bifurca la carretera, la cual me figura que, vista desde un globo, debe parecer un inmenso árbol, con un tronco muy recto, y su *cruz* correspondiente, de la que parten en dirección contraria dos iguales ramas, en cuyas extremidades penden dos frutas muy grandes y deliciosas; Berja es la una; Adra, la otra.

Estamos a 32 kilómetros de Almería; pasan a situación de reemplazo las locomotoras de cuatro pies y aparecen en puertas otros caballos de lo más reflexivo. Pronto les hace salir la fusta de sus tétricas meditaciones y marchamos de nuevo a galope por la derecha, después que otros compañeros de viaje soportan un trasbordo, y parten por la izquierda a Adra, en otra diligencia que al efecto esperaba. ¡Qué diferencia de altitudes jerárquicas nos separaría dentro de algunas horas! Ellos seguirán arrastrándose como hormigas por las arenas de las playas, y nosotros andaremos arañando allá las puertas del cielo, a más de 4.500 metros sobre sus cráneos. ¡Cuánto menosprecio me inspiró su baja!

Subida a Dalías y Berja

Gracias a Dios, o al cuerpo de ingenieros, el camino empieza a accidentarse. Entramos en la región de las curvas y transitamos por violentos recodos y empinadas cuestas. Ya estamos en carácter; ya empezamos a reconocernos como los viajeros de Mula-Hacen.

Se asoma al balcón de una montaña la señora hermana de Apolo, la *casta* Febea, oronda y mofletuda, pero pálida y abotargada de pasar las noches en vela. La *casta* dije, porque han dado en llamarla los poetas y otras gentes, ignorantes de ciertas historias, que yo no sacaré a luz por respeto al buen nombre de esa dama, y guardaré dentro de mi pecho, como en un sepulcro, aquellas aventuras del monte Latmos, y las bajaditas a la gruta, envuelta en un manto de nubes, y sus chicoleos con el mozuelo enamorado de Endimión, y otras muchas otras cosas que yo me sé, y que me hacen exclamar en este instante: ¡Qué injusticia la de ciertas reputaciones!

Y alumbrados por su mirada hipócrita y disimulada, llegamos a un extenso valle circunvalado de colinas, bajo las cuales, allá por la derecha, se recostaba un pueblo, preparándose para dormir. Era Dalías.

No es posible pasar a la vista de esta villa sin recordar a uno de sus más distinguidos hijos. Me refiero a un poeta tierno y melancólico, al cantor de Sierra Nevada, algunas de cuyas sentidas estrofas cita Alarcón en su viaje por la Alpujarra. D. Baltasar Lirola, canónigo del Sacro Monte de Granada, respetable sacerdote, que además de pulsar con extraordinario acierto la lira, se engolfaba, rodeado de luz, entre las nebulosidades de la filosofía. Hace más de veinte años que descendió a la tumba. ¡Dichosos los que al hacerlo dejan un recuerdo de honra para su patria!

Y ya que de Dalías y de poetas hablo, no puedo pasar en silencio a otro *genio* brotado al abrigo de sus montañas, y entre las hortalizas de su vega. Tal fue... pero respetemos sus cenizas, pues hace también algún tiempo que bajó con su cítara al sepulcro, donde no seré yo quien turbe su sueño. Paz a los muertos. Sin embargo, puesto que del dominio público son sus obras, no puedo dejar de decir que el poeta últimamente aludido fue de lo más innovador y original que puede hallarse.

Desde Plauto hasta Shakespeare, desde Calderón hasta Moratín, desde Bretón hasta Ayala, no ha brotado de la pluma de poeta alguno dramática producción que asemejarse pueda a las que conozco del citado autor. ¡Lástima grande que sean insuperables los inconvenientes de su representación! Y si no, juzguen VV. por sus *acotaciones*.

En una de sus dramas titulado *“Amor, venganza y honor”*, dice el poeta: *“Aparece un niño con un gorro de tafetán, seda y damasco con cinco letras en cifra que dicen: Soy del Príncipe D. Fabio”*

Y añade en otra *acotación*: *“Sale Inés con el niño en brazos para entregárselo a D. Fabio. Da el niño un grito, llega a la calle apresurada, la noche está muy oscura, y creída que le entrega el niño a D. Fabio, lo pone en poder de D. Fernando que es estudiante de... sagrada teología”*, con la nota de *Meritisimus*, le ha faltado decir.

Del argumento, versificación y trascendencia moral de este engendro, no hablemos. La prensa de Madrid y provincia se ocupó extensamente de su aparición en el campo de la patria literaria, y juzgada quedó la importancia de la *obra* por críticos imparciales.

“Las glorias de Balerna” o sea otro drama que el distinguido autor tuvo el mal gusto de dedicarme, es hijo legítimo del primero y en obsequio a la brevedad sólo estamparé aquí una de sus peregrinas *acotaciones*. Dice así: *“Acto 3º La misma decoración que el primero, sólo que hace un poco más de calor”*.

Con que adelante, que los caballos se pueden espantar de estas ametralladoras literarias. Dejémosles trotar impacientes al olor de su caballeriza de Berja, y mientras corremos la fácil legua que nos resta, diré a VV. algo de lo que me habían manifestado mis libros, acerca de aquella población, que se queda atrás, recatada entre su pintoresco arbolado.



La iglesia parroquial de Dalías.

“DALIAS: Villa perteneciente a la provincia de Almería, a ocho y media leguas de la capital, partido judicial de Berja, Audiencia, Capitanía general y Diócesis de Granada, con 9.532 habitantes, dividida en 13 barrios, y con una aldea aneja, que se llama Celín.

Tiene unas 1.300 casas, la mayor parte de un solo piso. Las calles son incómodas e irregulares. Hay en su recinto dos templos y tres ermitas. Confina su término al N. con el de Laujar, al E. con el de Roquetas, al S. con el Mediterráneo y al O. con el de Berja. Sus principales producciones son: cereales, aceite y vino. Hay cría de ganados y caza abundante. Su industria consiste en la fundición de plomos y fabricación de aceites.

Esta villa era en tiempo de los árabes cabeza de una “TAHA” o distrito, compuesto de seis lugares: Asubros, Obda, Celita, Elchiban, Almecet y Dalías. Fue conquistada a los sarracenos por los Reyes Católicos, y repoblada por los cristianos, pocos de los cuales lograron salvarse, refugiándose en Adra, en tiempo de la insurrección de los moriscos. Expulsados éstos, se pobló de nuevo por familias venidas del interior. El 25 de Agosto de 1804 fue un día de gran desolación para este pueblo, a causa de dos terremotos que destruyeron la mayor parte de sus casas e iglesias, pereciendo entre las ruinas de unas y otras 162 personas”.

Son las diez de la noche. ¡Alto y parada! Kilómetro 52. Hemos llegado a Berja *en diligencia*. Queda, pues, desmentido el poeta árabe Abul-Fadhilben-Xayat, que había dicho: *“Cuando llegues a Berja, detente, porque*



Niños en la entrada de Berja a finales del s. XIX. (Gentileza de L. Cara).

todo lugar es en ella un celestial paraíso, y todo camino que a ella conduce un infierno”.

UNA CIUDAD QUE DESERTA DE SU PROVINCIA (BERJA). ALGUNAS CURIOSIDADES. EL CERRO DE SAN ROQUE.

LOS GORRIONES COMEDIDOS

Estamos en Berja: la “Virgi” de los romanos, la “Medina Barcha” de los moros, aquella a quien el gran poeta árabe *Ebn-Aljathib* llama: “*Sitio risueño para el placer de la vista, y lazo de seducción para el pensamiento, nube fecundante, Darain de preciados aromas, campo rico, hacen fecundo, hermosura manifiesta*”.

En medio de una llanura entre montañas, y en las orillas del delicioso río de Adra, dice el distinguido orientalista Simonet, estaba Berja, con un castillo muy fuerte y un florido jardín en cada casa. Según Idrisi, esta población era más considerable que Dalías, y poseía mercados, fábricas y campos cultivados. El Salustio del reino de Granada, el príncipe de la literatura árabe-granadina, *Ebn-Aljathib*, ya citado, elogia mucho a Berja y a sus mujeres “*que sonríen con dientes de flores*”. “*Entre sus casas*”, dice, “*discurren presurosas las cabalgaduras de los céfiros, sin quejarse de la estrechura de sus pasos, ni de las revelaciones de la golondrina*”. Los encantos y deleites de Berja ejercían una seducción poderosa sobre el pensamiento del hombre, y le afi-

cionaban a las delicias del mundo. Elogia lo dilatado de su caserío, su mucho trato con los demás pueblos, sus floridos vergeles, sus fértiles praderas, morada de las auras, sus dulces fuentes, el pintoresco aspecto de sus contornos, y sus valles y arboledas. En cuanto a sus habitantes, celebra su muchedumbre y riquezas, la benignidad de sus condiciones y el distinguido porte de su gente principal. El célebre escritor *Ebn-Jacan* dice hablando de Berja y Dalías: “*Son dos vecinos, a quienes los humanos ojos no hallan con quién comparar*”.

Razones sobradas tuvieron los vates musulmanes, mis paisanos, para dedicar éstos y otros galanteos a la preciosa ciudad, engastada como una perla en el riquísimo anillo que forman sus montañas; y más que razón tuvieron para deleitarse en sus huertos aromáticos, en su vega encantadora, ante sus salutíferas fuentes y cristalinos arroyos de plata, y por último, ante su general aspecto, que refleja molicie y bienestar.

No sé si es una ilusión de mi espíritu la que me hace ver en este pueblo un remedo del mío. Aquí no encuentro los alcázares de Al-Hamar, ni los pardos torreones, ni los calados ajimeces, ni los alicatados de colores, ni los arcos de encaje, ni las paredes de espuma, ni los bosques de mi Alhambra, ni las riberas de mis ríos; pero se refleja en este cielo algo del cielo de mi patria; en estos aires, el suspiro de sus brisas; y en esas calles y en esas edificaciones, con sus tejados oscuros y sus mármoles jaspeados, y sus frescos patios, y sus abundantes saltadores, y en los alegres maceteros de sus balcones, y en las paredes de sus huertos, tapizadas de verdura, y en sus penetrantes aromas, y en su frescura regalada, se retrata en miniatura la ciudad nueva acariciada por los amorosos brazos del Darro y del Genil. Berja sabe a Granada.

Cada pueblo tiene su fisonomía especial en la que se reflejan su carácter, sus costumbres y sus tradiciones; y hay similitudes y semejanzas que aproximan su parentesco, y de divorcian de otros, que, aunque más cercanos, son la completa antítesis de su idiosincrasia. Esto sucede con Berja y Almería. Cualquiera que visite ambas poblaciones y se fije con alguna detención en su general aspecto, comprenderá que son una madre y una hija que en nada se parecen. Diez leguas de distancia son bastantes para hacer separación de sus rasgos, de su fisonomía, de su *aire*, de su conjunto.

Almería es un pueblo de Oriente. Berja es completamente andaluz. Almería es murciana, Berja es granadina, y está protestando a voces contra la moderna

división territorial que la tiene colocada bajo un feudo y protectorado extraños. Berja, en la provincia de Almería, es un colono forastero.

Éstas y algunas otras reflexiones hice en la mañana de aquel día, único de mi estancia en la pequeña Granada, punto de cita para los expedicionarios de Mula-Hacen.

Nuestro compañero, el *caballista-abogado*, había hecho su entrada de incógnito, bien de madrugada, en la fonda con resabios de posada, o en la posada con honores de fonda, donde yo había dormido como un bienaventurado la noche antes; y luego que dejó bien instalada a la mitad de su ser, a su caballo, digo, y luego que en un corto refrigerio confortó mi reposado estómago y el asendereado de mi compañero, que había caminado toda la noche sobre un Bucéfalo, nos dimos a la calle, discurriendo sin rumbo ni dirección determinada. Entonces fue cuando se me ocurrieron las vulgaridades que digo arriba, y cuando hice observaciones que debo consignar, si de mediano cronista he de preciarme.

Llamó en primer lugar nuestra atención una espumosa y murmuradora acequia que, unas veces vestida y otras desnuda, atraviesa la ciudad con toda la despreocupación del que está en su casa. ¡Qué agua tan pura, tan brillante y tan cristalina! ¡Cómo cautivó nuestros ojos, fatalmente acostumbrados a la abrasada sequedad! Desde luego bendije a aquel manantial tan pródigo, comprendiendo que no habían de desarrollarse a su fecundo amparo los *vicios* de las *bellas-sombras*, y de las higueras chumbas, plantas que me son ambas tan repulsivas y antipáticas, como lo es un viejo, repugnante y sucio avaro al faustoso dilapidador.

¡Oh! ¡el agua! Donde hay agua, hay riqueza, y salud, y alegría, y ambiente, y encanto, y vida, y animación. Donde falta este precioso elemento de la naturaleza todo es miseria, raquitismo, asfixia, miseria, tristeza, esterilidad, monotonía, muerte, silencio, y... cigarrones. Por el cielo deben correr muchos arroyos. El infierno debe estar todo de secano.

Llamaron luego nuestra atención los modernos edificios al granadino estilo, con sus salientes aleros, y sus zócalos y repisas de mármol; magníficas viviendas de opulentos capitalistas, cuya exuberancia metálica se refleja en todos los detalles, pero particularmente en el despilfarro de hierros y en profuso adorno de los balconajes, en los que, dicho sea de paso, existe una



Fachada principal del templo parroquial de Berja. (Gentileza de L. Cara).

flagrante contradicción, para nosotros inconcebible. ¿Cómo es que aquellos propietarios, que se gastan tanto dinero en el herraje de sus balcones, economizan algunos céntimos en las cristalerías? Y digo esto porque era rara la casa, palacio o establecimiento que tenga dos hojas de cristales en sus ventanas. Una sola, sobrepuesta y generalmente a la izquierda. Esto hace malísimo efecto, y si no da idea de la miseria, allí donde todo es rumbo y ostentación, forma por lo menos un contraste que tiene poco de artístico y mucho de desagradable. Sólo la costumbre puede explicar aquella falta de estética y de comodidad, pero es una costumbre sin razón de ser, y que no dice bien del gusto de los virgitanos.

Vimos plazuelas de regulares dimensiones, transitamos por calles empedradas y largas, y vinimos a dar con nuestros cuerpos en una plaza cuadrangular y llena, donde hay una elevada fuente de mármol con abundantes surtidores, y por cierto que en ella no resplandece gran cosa la belleza del arte, así como tampoco en la mayor parte de las casas que cierran el perímetro de dicha plaza.



Interior del templo parroquial de Berja. (Foto de L. Cara).

En ella se halla la casa consistorial, edificio de indeterminable época; y la iglesia parroquial, flamante y enjalbegada. Bien se refleja en este templo toda la serie de peripecias y trastornos porque su construcción ha pasado. Erigido en el paraje mismo donde se encontraba la antigua iglesia, destruida por los terremotos, se empezó la obra desde sus cimientos, y bien pudo sujetarse la construcción a un plan y orden de arquitectura determinados; pero, lejos de esto, se observa, tanto en su exterior como en su interior, un desconcierto de lo más acentuado en la preceptiva, el cual está reflejando la diversidad de ocasiones en que se ejecutó la obra, la inconstante dirección que ha sufrido, y hasta la variedad de caprichos a que el arquitecto tuvo que sujetar sus líneas. El templo, pues, si espacioso y opulento, nada dice al corazón ni a la mente. No se observa en él esa sublime grandiosidad que eleva el alma al seno infinito del Omnipotente; no se experimenta ese místico recogimiento que hace sobrecogerse y achicarse ante la inmensidad de un Ser superior, y doblarse el cuerpo y

las rodillas instintivamente para tributarle veneración; no hay rotonda que simule la bóveda de los cielos, por donde pueda explayarse el fervoroso pensamiento; no hay esbeltas columnas, perdidas allá en la altura, en ramas de piedra, que determinen puntiagudos arcos, por donde se dilate el aroma de los incensarios y el eco de las oraciones; ni la opacidad en la luz, para la reconcentración del ánimo; ni el colorido del tiempo en las paredes, como reflejo de la eternidad; ni obra de arte alguna que atraiga a la contemplación y al éxtasis; ni... (perdónenme mis amigos virgitanos) nada absolutamente que dé en él una idea de su grandioso objeto.

Cuando penetro en la ermita veo al menos la sencillez, que también sublima el alma, la pobreza que la contrista, la naturalidad de la devoción; y su resplandor copioso, y su altar modestísimo, y los vasos de flores, y la lámpara vacilante, y la torrecilla blanca, medio oculta entre la fronda, y el esquilón que balbucea, como el niño sentado en el regazo materno, al elevar a Dios las sencillas oraciones de la inocencia, y la desnudez de las paredes, desprovistas de toda pompa y mundanal aparato, limpias como el espíritu que logra sacudirse de los atractivos terrenales; todas estas cosas, y cada una, me hacen entrever la piedad sin afectación, el instinto religioso, el primitivo sentimiento cristiano transparentándose por las grietas de la catacumbas, la encantadora naturalidad, en fin, con que el alma pura y confiada sonrío hablando con el Dios de las misericordias. Pero en este templo, ni majestad, ni sobrecogimiento, ni poesía, ni naturalidad. Pesadísimas columnas, sin pilastras ni basamentos; naves irregulares, sin esbeltos arcos, ni artesonados oscuros; altares donde resplandece el oro con profusión, como puede resplandecer en las arcas de un avaro, sólo para despertar la codicia; imágenes imperfectas; nada, por último, de lo que constituye la belleza del arte, ni la expresión de la sublimidad.

Es decir, que en Berja se necesita ser católico maquinal, o cristiano por costumbre, o devoto a prueba, para elevarse al Supremo Espíritu, allí donde todo habla de pesadez y de materia. Aquel templo no se ha construido para atraer indiferentes, convertir herejes, ni catequizar descreídos.

Pero si la estructura de la iglesia no me agradó gran cosa, ni aun pequeña, no me sucedió lo mismo con su párroco, de cuya finura y cariñosa amabilidad tuvimos algunas pruebas¹⁷⁸.

¹⁷⁸ El Sr. Cura de Berja nos puso de manifiesto el archivo parroquial, tomándose la molestia de buscarnos algún dato que pudiera servirnos de ilustración. En el mencionado archivo, desprovisto también de curiosidades, sólo encontramos un documento que no vacilo en copiar a continuación. Dice así: "D.

Salimos del templo, lamentando la inversión de tantos años y caudales en una obra de tan pésimo gusto, y volvimos a discurrir por las calles, plazas y encrucijadas, no sin fijarnos en un resto de torreón árabe muy sólido, sobre el cual se ha construido una casilla blanca, que parecía una paloma posada sobre un peñasco.

Llegamos por último a la plaza del mercado, extenso paralelogramo, tres de cuyos lados se forman por una galería uniforme y regular de dos cuerpos, y el cuarto por una línea de altos y lujosos edificios. Hacia allí estaba nuestra fonda-posada o nuestra posada-fonda.

Asaltamos el comedor (ya era tiempo) y después de un almuerzo suculento y bien servido, (recomiendo a VV. El parador de *Iberia*), mi compañero se recató en su habitación con ánimo de desquitarse de la mala noche pasada; pero no bien se había colocado en ángulo recto con la vertical, cuando llegaron los dos hermanos que habían de formar parte de nuestra expedición, y el más joven e inexperto de ellos se abalanzó a la puerta tras de la que reposaba el *Caballista*, y fiado en que nunca le había visto de mal humor, se atrevió a tocar generala en ella con gran precipitación y redoblado brío.

Al alarmante estrépito, se levantó desfavorido el cómodo compañero, creyendo sin duda que el pueblo entero era víctima de un terremoto como el del año cuatro, y abriendo rápidamente la puerta, presentó su espantado rostro, intentando echarse a la calle para huir del temido riesgo, a pesar de su traje, casi primitivo; empero, comprendiendo luego todo lo injustificado de su espanto, y conociendo al motor del estruendo ya pasado, lejos de arrojarse entre los amorosos brazos que el joven conmovido le tendía, lo increpó con le epítetos más duros del diccionario, procurando poner el ceño más adusto que pudo, y rompiendo al fin en su habitual y alborotadora carcajada, movido por la patética actitud y acarameladas frases del, hasta allí, desdeñado compañero.

Ello es, que el *Caballista* no pudo dormir ni un momento, a pesar de sus frecuentes recortes y escurri-



La plaza del Mercado de Berja. (Gentileza de L. Cara).

mientos para conseguirlo; y mal hubiese hecho en ello, porque ya iban llegando algunos antiguos amigos, con los que nos ligaban mucho afecto y consideración.

Se trató en primer lugar de nuestro proyecto. Todo estaba dispuesto: esperaban las acémilas y los sirvientes, los sacos de provisiones y las cajas de aparatos. Hasta el *Pollo* se había pertrechado de un par de gorros de dormir, que era todo el equipaje de que había creído prudente proveerse. Se fijó la salida para la Sierra a las cuatro de la madrugada siguiente, y el resto de aquel día lo pasamos vagando de calle en plaza y de café en casino, acompañados de los cariñosos amigos que tan exagerada idea tenían de la capacidad de nuestros estómagos.

Algunos de aquellos, doctos e ilustrados, me suministraron varios de los datos que a continuación consigno, sin atribuirme por tanto su paternidad.

BERJA fue siempre una villa populosa, y es, desde muy reciente, una ciudad de 15.731 habitantes, según el último censo, habiendo disminuido considerablemente su población en los tres últimos años a causa de que la baja sufrida por los minerales en los mercados extranjeros, ha hecho que se

BARTOLOMÉ MARÍN, CURA DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE ESTA VILLA. Certifico: Que el día 25 de Agosto del año que corre esta partida, (1804) sábado, a las ocho y media de la mañana, hubo un terremoto que destruyó iglesia, torres y casas de esta población, pues la que no cayó entera, quedó lastimada, y con muchas averías en su construcción, en cuyas ruinas murieron 40 personas, y todos los vecinos se alojaron en barracas en la vega, quedando sólo sin lesión una ermita, que se nombraba de Faura, dedicada al Dulce Nombre de Jesús, donde se colocaron los Santos Sacramentos. Y para que así conste”, etc.



Interior de vivienda burguesa en Berja. (Foto de L. Cara).

paralicen muchas de las minas de su término, que daban ocupación al proletariado, el cual en gran parte va emigrando a Linares y a Orán en busca de trabajo. La industria principal de esta población es la minera, habiendo en las sierras próximas sobre 1.500 minas, unas explotadas, otras en estado de explotación, y como unos 140 en más o menos riqueza. Figura entre las primeras la renombrada "mina de Berja", que produjo desde 1820 hasta 1841 más de tres millones de arrobas de mineral plomizo de primera. Los parajes de la Sierra donde se han encontrado minerales en más abundancia son: la Loma de Sueño, donde se sitúa la mina antes citada; la Loma de Capalyran, el Llano de los Pozos, el Puntal de la Parra y, por último, el famosísimo Pecho de las Lastras, de donde ha salido la mayor parte de las fortunas de este privilegiado país.

Las producciones agrícolas apenas son suficientes para el consumo, a causa de la poca extensión de su suelo vegetal, reducido casi a la vega, cuyos terrenos se han pagado año tras año a fabulosos precios, lo cual se explica por el estancamiento de enormes capitales. Me han asegurado que en el año 1862 se abonaron 70.000 reales por un huerto que medía solo unas 3.000 varas cuadradas de superficie.

Entre los productos del país se encuentran los cereales, la almendra y alguna aceituna, vino y excelentes frutas. Antiguamente basaba una de sus mayores riquezas en el cultivo de la seda; pero hoy son escasas las moreras que restan, y dicha producción ha venido muy a menos. Hay algunas fabricaciones de paños y otros tejidos, y su comercio de importación y exportación se hace por Adra, puerto que dista tres leguas.

El pueblo se compone de 13 barriadas o cuarteles, en las que hay distribuidas unas dos mil cuatrocientas casas, cinco ermitas, una iglesia, dos escuelas públicas, seis privadas, un colegio oficial de segunda enseñanza, cárcel de partido, y varias fábricas y establecimientos comerciales de importancia. Tiene seis fuentes muy abundantes de exquisitas aguas, que, con su benigno clima y ventilada exposición, hacen el pueblo sano, y fértiles y amenos sus contornos.

Hay Juzgado de primera instancia, dependiente de la Audiencia de Granada, a cuya Capitanía general y Diócesis corresponde. Su término jurisdiccional confina, al N., con el de Alcolea; al E., con el de Dalías; al O., con el de Adra; y al S., con el Mediterráneo. Dicho término está atravesado de N. a S. por el río Adra, que nace en las inmediaciones del cerro Montaire, vertiente Sur de Sierra Nevada.

La constitución geológica de la región virgitana está determinada por rocas calizas, o pizarras talcosas y arcillosas, así como su extenso valle por la formación de terrenos de acarreo.

A todo lo cual añadiré como reminiscencias de libros leídos:

Que Berja es el primero de los pueblos de la Alpujarra, al Poniente de la provincia de Almería; que es población de reconocida antigüedad, constando su existencia en las relaciones de Plinio, y en las tablas de Ptolomeo, habiendo existido primitivamente en el paraje conocido hoy con el nombre de Villa-Vieja. Se dice que esta población fue enteramente destruida por un terremoto a principios del siglo V, y sus moradores se diseminaron por el campo, formando cercanas cortijadas, que han ido uniéndose hasta constituir el nuevo pueblo.

En tiempos de los árabes fue cabeza de la TAHÁ compuesta por los pueblos de Benínar, Darrícal y Lucainena, y se incorporó a la corona de Castilla algún tiempo antes de rendirse Granada a los Reyes Católicos.

Durante la insurrección de los moriscos sufrieron mucho los cristianos que habitaban en Berja, teniendo la mayor parte que refugiarse en el castillo de Adra para escapar con vida de aquella guerra de terribles represalias.

A las puertas de esta población se riñó en 1469 aquella sangrienta batalla, entre los ejércitos del joven Abén-Humeya, proclamado en Beznar Rey de los moriscos, y el del terrible Marqués de los Vélez. En este combate, quizás el más encarnizado y feroz de cuantos tuvieron lugar en el



La célebre fuente Toro, en Berja (Foto de L. Cara).

territorio alpujarreño, quedaron casi totalmente destruidas las huestes de uno y otro bando, teniendo que retirarse el de los Vélez a Adra, con los pocos soldados que en sus falanges quedaron, y a Valor, su pueblo señorial, Abén-Humeya, con el escaso resto de su destrozada tropa.

Y basta ya de Historia, y de Geografía, y de estadística y de Geología, y en suma, de una didáctica tan soñolienta, como ajena a mi intención.

Aquella tarde, después de la comida, salimos a dar un paseo por la afueras del pueblo, que son de lo más amenas y agradables. Nos condujeron los amigos a la cumbre de una colina denominada el cerro de San Roque, desde donde dominamos por completo toda la planicie ocupada por la ciudad, enredada como una garza blanca entre los pliegues de un manto de agradable verdura. Se dilata la vega, matizada de caseríos, como nidos de alegres aves; se destacan en su esmaltada superficie las compactas alamedas y los oscuros olivares, como islas y golfos, y canales y estrechos, y puntas y promontorios, en aquel océano tranquilo y floreciente. La serrata de Adra limita por el Sur el horizonte, como un telón agreste colocado entre nuestra vista y el mar. Al Norte se ve un gigante cerro que está demostrando en su configuración la solidez de sus entrañas. Pesada redonda que levanta a los cielos su tendida curva, bajo la cual formaron las revoluciones del planeta, mantos y masas enormes de mineral precioso. Es el renombrado Pecho de las Lastras.

Risueñas colinas se dan la mano, como en alegre danza, abrazando la ciudad y sus campos; sierras abruptas de color de bronce se elevan en otros términos, y allá, hacia el N.O., levantando su cana cabeza, coronada de nubes, como el atributo de la majestad, se ve el gigante cono de nieve que pronto hollarán

nuestras plantas. El soberbio Mula-Hacen erguido, para contemplar sus dominios, a aquella postrera luz que absorbía en sus brillantes altitudes, mientras que abajo, en el valle, se descubren ya los apartados barrios de la Jarela, Santa María, Peña Redonda, Benejé y Alcaudique, envueltos en las melancólicas brumas del crepúsculo. Se arropa entre las tinieblas Castala, cuyos moradores afirman, con todo el candor de su piadosa inocencia, que los gorriones del término no atacan sus sembrados, desde que San Tesifón, discípulo de Santiago, obispo de Virgi, y uno de los siete ilustres varones, que desembarcaron en *Abdera*, para predicar en España el evangelio, vino a establecerse a una cueva próxima, desde donde llamaba con la mano a los regocijados pajarillos, colocándoles en el pico el grano que habían de llevar a sus temblorosos hijuelos.

No es cosa de que yo me ponga a averiguar si tienen razón o no los habitantes de Castala, y si los gorriones, descendientes de aquellos que San Tesifón socorría, son tan comedidos y parcos como la fama les supone. Cada cual puede pensar como guste respecto a la piadosa preocupación de los unos, y el respeto a la propiedad de los otros, y allá se las hayan aquellos labriegos y aquellos pájaros con su envidiable paz, tan distante hoy de la rapiña social. ¡Bienaventurados los que abran su corazón todavía a estas puerilidades!

Bajamos del limbo; la sociedad nos esperaba, y en ella, entre buenos amigos y curiosos de nuestra expedición, pasamos tres horas a la puerta del casino, contemplando a intervalos la transparente esfera del *reloj* de la iglesia, "*ojo del tiempo, móvil pupila que va marcando el paso a la eternidad*". Esto es hijo legítimo de Zorrilla. Pero basta de filosofías, y buenas noches, que es tarde y tenemos que madrugar.

EN MARCHA. UNA TORRE CON CUATRO PIES. BATALLA CONTRA UN PASTOR. LA SYRIA. EXACCION ILEGAL. SIERRA NEVADA. ¡A ELLA!

Salida de Berja en dirección a Sierra Nevada

Sonó una estrepitosa carcajada y penetró el *Ministro de Hacienda* en mi habitación. Su Excelencia venía tan contento y regocijado porque había visto a su perra, hermosa alana de inteligente cabeza y pelo perla, tomarse la justicia por sus dientes. El animal no había considerado justa la prolongada abstinencia a que le había condenado, en el pasado día, el descuido y negligencia de su señor y dueño, y asaltando sin duda la cocina, venía masticando con la mayor delicia un más que regular tasajo de carnero, cuyo acto indudablemente vandálico no fue calificado por mi compañero con imparcial y luminosos criterio, a pesar de sus conocimientos en derecho.

Reía a más reír viendo a su querida *Centella* ensañarse con el medio pernil, y considerando el chasco que se iba a llevar la cocinera, al penetrarse de la *irregularidad* cometida. Y ¡vive Dios! Que la risa de mi compañero era capaz de producir la alarma por todos los ángulos del término municipal.

A fe que no comprendo ahora cómo tenía tan buen humor, porque, según después me dijo, había pasado la noche entera estudiando la fauna de su dormitorio. ¡Él, tan metódico, tan regalado y cómodo! ¡Él, que duerme doce horas diarias en todo tiempo!

Venía mi compañero vestido ya con su traje de camino y traía una palmatoria en la mano; porque debo decir de paso que eran las tres de la madrugada, y no es cosa corriente que a tal hora el Sr. Febo se tome la molestia de levantarse, ruborizando con su chispeante mirada a las pudorosas nubecillas que vagan descuidadas por el cielo.

Se presentaron a poco los dos hermanos que completaban el resto de la expedición, y se sintió en la calle algo, que no era ruido de tren que para, sino de bestias que llegan, y luego que los mozos se incautaron de los equipajes, provisiones y demás pertrechos, y así que se dio al venerable coñac el avance de reglamento, y después que el *Administrador general* practicó una liquidación minuciosa con el dueño de la hospedería, nos dispusimos a marchar.

Fue mi primer cuidado practicar un escrupuloso reconocimiento en todo el perímetro del mulo, al que había de confiar mi amado individuo, y le hallé por de pronto apto para figurar como cabo en una escuadra de gastadores híbridos. Tal era su corpulencia y arrogante aspecto. No fue muy de mi agrado la desproporción de nuestras estaturas, pero tenía tan buenos antecedentes de la honradez y seguridad de aquel poderoso dromedario, con que me obsequiaba un amigo, que no vacilé en depositarle íntegra mi personalidad, haciendo que me acercaran una silla para alcanzar el estribo, y tomar posesión de aquella fortaleza, sobre la cual me atreví a mirar al suelo, y casi me causó vértigo el considerar la profundidad a que me hallaba. Pero aparte de las probabilidades de un completo desmenuzamiento de mis huesos, en el caso previsto de un batacazo, me entusiasmó la idea de que iba a ver la Sierra a vista de pájaro.

La del alba era cuando se puso en movimiento el cuerpo expedicionario. Formaban éste el estado mayor, compuesto de los cuatro jefes de igual graduación (plazas montadas): una división de dos individuos de infantería, a sus inmediatas órdenes, y la *impedimenta* convenientemente distribuida entre los dos capachos de una robusta acémila.

No pude decir adiós a Berja; me encontraba muy preocupado con la idea de la distancia que mediaba entre mi cabeza y el planeta. Apenas veía la población que se iba quedando allá atrás, perdida entre las nebulosidades del crepúsculo. Avanzaba, avanzaba envuelto en la neblina; como uno de esos fantasmas que nos representan las pesadillas. ¡Qué pequeña me parecía desde allí la humanidad!

El camino que seguimos llevaba la dirección N.O.; era bastante bueno, mal que le pese otra vez al poeta Abul-Xayat: veía por todas partes olivares frondosos, y luego una rambla que se tendía allá, bajo mis pies. El ejército iba en perfecta formación de uno en fondo, y el más ágil de los infantes la precedía, yendo de descubierta armado de un *odómetro* bien graduado a su marcha, y de un cañón de regulares dimensiones, que tal parecía el barómetro de Fortín que llevaba embutido en su funda de baqueta, y colgado a la funerala. Todos los jefes iban provistos de sus *gemelos* de campaña, y el cuerpo de ingenieros, reducido a nuestro *Hombre de ciencia*, ostentaba sus airosas bandas, de las que colgadas en sus fundas pendían: una *brujulita* de Brunner, con *clinómetro*, construido por Grasselli; un *sextante* de

Negretti; un *cronógrafo* anónimo; otra *brujulita* idem; un *aneroide*; un *termómetro* de Gaggini y, en las sinuosidades de sus bolsillos, *cintas métricas* y otras *brújulas*; *termómetros* y *cronógrafos*; en fin, todo un gabinete de física ambulante, sin contar con que venían a retaguardia en la acémila de repuesto: una *escuadra de reflexión*; un *barómetro holostérico*; un *termómetro de máxima*, construido por Casella; otro de *mínima*, del mismo autor; otro de Secretan, con envoltura para apreciar la humedad atmosférica; un *evaporómetro* también de Secretan, con sus respectivos discos de papel; un *croscopio* para apreciar la intensidad del calor; *papeles axonométricos*, preparados por Jaime, de Sedan, con su escala de cero a veinte y uno; una *linterna de fósforo*; una *caseta* para los instrumentos metereológicos; un magnífico *anteojo* de Harris, de Londres, de dos y media pulgadas de abertura, con dos oculares astronómicos y uno terrestre; otro anteojo de Browning, y... la mar.

Benínar

A la derecha descubrimos una, que a mí me pareció, fortaleza, y que no era otra cosa que una fábrica de paños, según la aseveración formal de uno de los escuderos. Pasamos las ramblas de Urbina, Coca e Higueral, enfermas de erupción cutánea, más caracterizada en cada una de ellas; subimos luego algunos escalones y empezamos la ascensión formal de una cuesta, que, según nuestro *Benedictino*, tiene 4 grados de inclinación en su principio, luego 6 en la vertiente S.E. y 10 en su bajada, o sea la falda del N.O. Esta cuesta que hace a dos caras, como es corriente hoy entre la gente civilizada, tiene también dos nombres: la que habíamos subido se llama de *Peña Rodada* (¡y vaya si ruedan por allí las piedras!), y de Benínar, la que acabamos de bajar.

El terreno es formado por estratificaciones calcáreas, viéndose buenas canteras de buen yeso. Unas y otras están, como es de suponer, totalmente desnudas, y sin otro abrigo que una ligera capa, polvorosa y rota, que no consigue encubrir la blancura de su cuerpo.

Pasamos el campo de Benínar, dejándonos allá abajo, hacia la izquierda, a Turón, patria de algunas celebridades, y de... los higos; a Murtas, tomando la sombra bajo las faldas del salvaje *Cerrajón*, y, al N.O., a Irmes, unigénito de Benínar, niño que, según dijeron, está todavía en lactancia. Llegamos luego a su mamá, quiero decir, a Benínar, que está sentada en la vertiente de una colina, contemplando coquetona



Benínar. (Gentileza de L. Cara).

todavía, a pesar de sus años, al río de Adra que la lame con deleite los pies, y nos detuvimos un momento para recrearnos en los adornos y perifollos de tan avellanada señora, los cuales consisten en cinturones a modo de calles empinadas y tortuosas, broches como casas de uno o dos pisos, sin revocar, fabricadas con esquistos pizarrosos, con coberteras de lo mismo (iguales ni más ni menos a las que yo había visto muchas veces en los pueblos de Sierra Filabres) y de medio cuerpo abajo vestía la dama una falda pintoresca bordada de higueras, almendros y olivos.

Y mientras nuestro compañero *El de la ciencia* descendía de su cabalgadura para tomar pendientes, distancias, alturas, arcos de meridiano, o lo que fuera, se me acercó un sujeto con todas las trazas de Secretario municipal, el cual me dijo:

BENÍNAR. Este es un lugar de la provincia de Almería, de la que dista 11 leguas, y corresponde al partido judicial de Berja. Tiene 1.160 habitantes distribuidos en unas 180 casas, con inclusión de las 45 que se hallan en la inmediata cortijada de Irmes. Su término confina por el N. con Darrical, al E. con Berja, al S. con Turón, y al O. con Murtas.

El terreno es montuoso y poco productivo, excepto la pequeña vega, que se halla a las márgenes del río, que por aquí se llama de Benínar, que es el mismo que, naciendo a las faldas del cerro Montaire, recibe varios afluentes como el de Paterna, Ugíjar, Lucainena y Chico; algunas ramblas importantes como las de Turón, Irmes y Urbina; y numerosos barrancos que, en las épocas de las lluvias, hacen muy difícil el tránsito entre los pueblos ribereños. Ese río es el

Vista actual del antiguo pueblo de Darrícal (Foto de L. Cara).



mismo que atraviesa más tarde el término de Berja y desagua en el Mediterráneo por el oriente de Adra, después de recorrer unos 50 kilómetros.

Las producciones de Benínar son: algunos cereales, almendras, frutas y una poca seda. Tiene una regular iglesia dedicada a San Roque, que es el patrón del pueblo, y dos escuelas.

Esta población, fundada por los árabes, era una de las que comprendía la "Taba" de Berja. Sufrió luego en la guerra de los moriscos frecuentes devastaciones, hasta quedar completamente destruida. En 1579 se mandó repoblar y, separándose de Berja, se unió con Darrícal y Lucainena, formando un solo concejo, que celebraba sus sesiones en el primero de dichos pueblos. En 1836 se constituyó su Ayuntamiento y, desde entonces, somos aquí "libres, felices e independientes".

(Téngase en cuenta que estas palabras fueron dichas por el que supongo Secretario municipal).

- Sobresaliente en Geografía, notable en Historia, exclamé volviéndome para oír al Benedictino que decía: Salimos de Berja a las 4 y 15 minutos de la mañana; hemos llegado aquí a las 6 y 25. Tiempo invertido, 2 horas y 10 minutos. La distancia recorrida es de 9.480 metros. La altura de Berja sobre el nivel del mar es 356 metros. Estamos a 260. Hemos descendido 96 metros.

- Pues siguiendo de ese modo, dije con disgusto, llegaremos mucho antes a los infiernos que al Mula-Hacen.

- ¡Matemático! Exclamó el Pollo.

- Exactísimo, añadió el Caballista, prorrumpiendo en una carcajada...

- ¡Ignorancia!, añadió el Benedictino.

- Adiós, señores, dijimos a coro a la no pequeña tropa de curiosos que nos rodeaba, y sin más pláticas continuamos nuestro viaje.

Descendimos al río por una cuesta de 200 metros que forma una grave curva, con pendiente de 3 por 100 (si hay error de cifra, tiene la palabra nuestro compañero para rectificar); y siguiendo en dirección contraria a la de las aguas, cuando las haya, franqueamos bloques y bordeamos peñascos y barranqueras. Aquello no era ya una simple erupción cutánea; era un avispero o un ántrax continuando sobre la faz del río.

Darrícal

Después de una hora justa de camino, vimos un pueblecillo agazapado debajo de un enorme peñón, el cual temeroso pueblo tenía la cabeza encogida entre los hombros, como quien abriga una seguridad de ser aplastado. Era Darrícal, futura tortilla que preparan los años, como cocineros, ayudados de sus pinches, las aguas y las filtraciones.

Las vertientes del cerro, cuyos colosales peñascos amagan la pobre aldea, están cubiertas de monte sagrado; y digo sagrado porque sería condenado allí a la última pena el infeliz que osara arrancar una sola mata de las que contienen los arrastres del terreno que media entre el pueblo y su verdugo, detenido en las alturas, hasta encontrar ocasión propicia para arrojarse sobre la víctima.

Ni nos paramos allí, ni encontramos *fiel de fechos* ni ciudadano o campesino que nos diera un nuevo curso de Geografía e Historia; pero yo diré a VV. lo que recuerdo acerca de

DARRÍCAL. Es el último pueblo de la provincia de Almería por la parte del N. O. distando de su capital 12 leguas. Tiene 1.548 habitantes; corresponde al mismo partido judicial de Benínar; está situado en el declive de un cerro con 38 grados de inclinación, a la margen izquierda de río Adra, con terreno de lo más quebrado y pedregoso, casi todo de secano.

Produce almendras y aceite. Su término confina con los de Lucainena, Berja, Benínar y Murtas, y... tiene... es... comprende...

Señores, no sé más; pueden VV, reprobarme.

Nos dijo el *Astrónomo-Físico-Geólogo* que la constitución de aquella cuenca, está determinada por pizarras arcillosas y talcosas, y añadió después brevemente, que habíamos caminado desde Benínar 4870 metros, y... esperamos en vano; no agrega una palabra más. Pueden VV. reprobarle también si gustan.

“Anda, anda, anda”.

Pero, señor, que a pesar de no ser más que las siete y media de la mañana hace mucho calor.

“Anda, anda, anda”.

Pero, señor, que este río es muy ardoroso, y hay en él unos peñascos que dificultan a cada paso mi marcha.

“Anda, anda, anda”.

Los tajos de Escariantes

Y convencidos como el eterno *Judío errante* de la inflexibilidad del mandato imperioso que le impulsa a caminar meses, años y siglos, doblamos nuestras cabezas, y seguimos andando, andando (pero sobre los mulos) y dejamos a la mano derecha el río de Lucainena, y seguimos por el de Escariantes, y llegamos a engastarnos entre unos tajos perpendiculares de 70 metros de altura, y nuestro corazón se estremeció de espanto, y vimos peñascos enormes, que amenazaban nuestras cabezas, y grietas profundas en los cortados, y taludes inversos que casi nos cobijaban dentro de un ángulo diedro, y socavones sospechosos, y derrumbamientos recientes, y cortados, y desniveles, y allá arriba, muy altos, unos filos agudos, festoneados por una cinta azul; y creyendo que aquello era el cielo, elevamos hasta él nuestros corazones, pidiéndole que sostuviera tan sólo por diez minutos la actitud de aquellas cansadas moles, que están en tan incómoda postura.

Tajo Escariantes, nos dijo uno de los mozos. Por allí (y señaló casi al cielo) se cayó hace años un pastor, y se quedó colgado de aquella higuera, hecho tal lásti-



Tajos de Escariantes. (Foto de L. Cara).

ma, que no sirvió ni para tacos. La dicha higuera brotaba horizontalmente del cortado, a cosa de unos diez metros de altura sobre el río.

Repuesto del espeluzno producido en mí por tan breve, pero desgraciada historia, comenzó a ensanchármese mi ánimo por dos motivos diferentes. 1º: Habíamos salido del espantoso peligro con que nos amenazaban aquellos cerros salvajes. 2º: Estaba ya en mi provincia, y no me atrevo a decir que respiraba los aires de mi patria, porque los aires que a la sazón abrazaban nuestros pulmones, eran unos bárbaros invasores, venidos sin duda del Sahara. ¡Qué calor!

En esto vimos venir hacia nosotros un pobre hombre, o un hombre pobre, a juzgar por el desastre de su vestidura, que no era otra que la usada por los pastores del país. La *Centella*, que dicho sea de paso, profesa como todos los de su especie, un odio instintivo a la pobreza; la *Centella*, perra aristocrática, que aún cuando va en cueros, no puede ver pacientemente una persona harapienta y mal vestida, se lanzó con incomparable denuedo sobre el desdichado caminante, y comenzó con él la más recia batalla, que haya reñido persona alguna en el presente siglo. El aterrado pastor, que vio venir sobre sí aquella tempestad de ladridos y dentelladas, empezó a defenderse, haciendo molinete de su cayado, el cual se tendía de vez en cuando en

dirección del animal, sin conseguir jamás tocarle a un pelo; tales eran la rapidez y oportunidad de sus huidas y recortes. Todos gritábamos llamando a la perra desesperadamente, excepción hecha del *Caballista*, dueño del canino acometedor, pues aquel celebraba con carcajadas interminables la oportuna celeridad en las huidas, y la táctica batalladora del bueno del animalito, que no satisfecho con haberse engullido malamente aquella madrugada parte de un rebaño, quería también, por lo visto, ahora, comerse un pastor.

Avanzaron nuestras fuerzas de infantería para proteger las pantorrillas del enemigo (de la perra) y apenas vio nuestro jefe de ingenieros que el mozo conductor del *odómetro* se salía de la línea obligada para medir con precisión las distancias, y andaba describiendo curvas y poligonales para atacar a la perra por el flanco, se indignó grandemente, considerando la ineficacia posterior de sus cálculos.

Ya no podía ser matemáticamente exacta la cifra del trayecto recorrido, y ante idea tan aterradora, le importaba muy poco el desastre de toda la pastoril Arcadia: crujieron de ira sus mandíbulas, y dio al mozo la voz de ¡alto! Con tal terrible y destemplada cólera, que el pobre hombre quedó clavado en la arena, como si de piedra fuera hecho.

Viendo el *Caballista* la cosa seria, y el gravísimo riesgo en que se encontraban las tibias y los peronés del infeliz transeúnte, avanzó con su caballo, y entre carcajada y carcajada ordenó a gritos que se retirase a su insubordinado can, el cual a duras penas consintió en ello, después de sufrir alguno que otro certero disparo de guijarro sobre sus costillas, y los atropellos de la caballería, toda ella puesta en movimiento. Huyó al fin con toda celeridad el desconcertado enemigo, no sin que la perra intentase varias veces picarle la retaguardia, insultándole además y amenazándole con unos ladridos que daban espanto. Tal era su encono contra la mala ropa.

Auguramos mal de aquella batalla, porque supimos, (y no sin fundamento) que corría un grave riesgo la inviolabilidad de todos los alpujarreños pobres, o la existencia de aquel canino tan audaz y provocativo.

Dejamos luego el río Escarientes, y penetramos por el de Yátor, luego por el de Ugíjar, y quedó a la derecha la rambla Seca, que es lo mismo que avanzar sobre la curva del Ecuador.

VIAJE DE RETORNO DEL SIERRA NEVADA A ALMERÍA

Adra

Habíamos salido de las aguas que bañan las costas de mi provincia y penetrado en las que lamen los pies a las sierras de plomo y plata, sin duda como adulación a su riqueza. Una ligera brisa de Poniente empezó a rizar la superficie del mar que tomó un tinte más azulado. El movimiento le sacaba los colores.

El buque empezó a cabecear cortésmente, como saludando al recién llegado, o sea al viento, el cual quiso demostrarnos que penetrábamos en sus dominios señoriales: éstos no eran otros que los horizontes de provincia de Almería.

Sigue la Sierra en línea recta cortada perpendicularmente sobre el mar hasta Guainos, enano, casi microscópico, que ostenta, sin embargo, sobre su cabeza, bastante disforme, una corona como un castillo. Y ¿ven Vds. esta miniatura que se da tantos aires de aristócrata? Pues es ni más ni menos que un pobre sirviente de Adra, de cuya villa es anejo, lo mismo que el Toril, que se descubre allá, como pintado en un cuadro muy pequeño con un marco verde.

Era la hora del mediodía cuando dimos fondo frente a una población de gracioso aspecto, sentada sobre la playa, con traje blanco de día de fiesta, como una buena moza descocada y risueña que oye constantemente decir a su enamorado vecino: ¡Ole! ¡viva la gracia! Este dicho vecino se queda muchas veces abortado y embobado, como un papanatas, en la contemplación de aquella hembra tan seductora; otras veces, como hoy, se sonríe de gozo mirándola, otras, y son las más, excitado por su atractivo, se revuelve lascivo y colérico al ver que nuevo Tántalo se encuentra condenado a tener eternamente junto a los labios la dicha que anhela, sin poderla jamás saborear. Y entonces, (yo le he visto alguna vez) se agita convulsivo, levanta sus espaldas formidables con supremo esfuerzo, arquea su cuerpo airado, que suda espumas, y avanza ferozmente, azotando y mordiendo las arenas, queriendo tragarse la novia, que sigue sonriente y bien segura de su inviolable honestidad, con la cual causa la desesperación del amante que, rendido al fin de tan estéril lucha, se queda luego dormido y suspirando.

Y por cierto que aquella mocetona tan provocativa está cada vez más guapa. Parece que no pasan días por

ella. ¿Quién dirá que nació en tiempo de los Bástulos o de los Cartagineses? Pues sí, señor, esa es la hija del viejo Hércules, según Apolodoro, tocaya y algo parienta de la que dio a luz en la Thracia la hermana de Diomedes, la que se engalanaba con las medallas de Tiberio, la que prestó oídos en sus mocedades a los amorosos requerimientos de Atanagildo, la que más tarde, y siendo ya una mujer formal, fue cedida como una odalisca del harem por los Reyes Católicos al señor marido de Moraima, al rebelde Boabdil; rey destronado de Granada, que la abandonó luego para pasar al África el 1º de Octubre de 1493 con otros 1.100 morazos más que habían estado gozando de su hermosura. Ella es la misma que, viendo después amenazado de nuevo su pudor por el desenfrenado joven Abén-Humeya, nombró para que fuesen sus caballeros defensores a Diego de la Gasca y al Marqués de los Vélez, que así la dejaron tocar a un pelo, como si fueran turcos, por más que luego, su otro caballero, D. Luis de Tovar, no pudiera impedir, allá por los años de 1630, que una descomedida tropa de corsarios berberiscos, desalmados y sin vergüenza se apoderara de ella, llevando a cabo en su cuerpo excesos que la pluma se resiste a bosquejar.

Pero como el tiempo es gran curandero de males y los desastres de muchas damas suelen quedar borrados por el olvido, sucedió que al cabo de pocos años la señora Adra, que así se llama la buena moza, empezó a vestirse de limpio, como si tal cosa hubiera pasado, y se fue de nuevo dando a luz con sus pergaminos de *libre, franca y exenta*, con sus medallas coronadas, y sus títulos y privilegios, como cualquier señorona aristocrática. Y como por otra parte, desde que San Tesifón, uno de los siete discípulos de San Pedro, se llegó a ella, la tal hembra se había hecho muy buena cristiana y estaba confirmada, por cierto que dejó su antiguo nombre de *Abdera*, como rancio y trasnochado, para tomar el más breve y fácil de Adra; y como su reputación quedó ilesa, al saberse que había sido víctima de una feroz violencia y que la muy angustiada se defendió hasta con las uñas de aquel bárbaro ataque de los concupiscentes corsarios moros, caten Vds. que su deshonor quedó por no habida y curada la señora de los arañazos, que se tapó con enjalbegaduras de cal, continuó en su buena opinión y fama, y tan fresconaza y estimada como si nada hubiese pasado.

Y allí está todavía tan bella que causa encanto. ¡Y eso que sufrió por espacio de muchos años unas



Adra desde el mar.

perniciosas calenturas que la pusieron a las puertas de la muerte! Pero con tisanas de plata derretida, que le recetó el Ministerio de Fomento, y unas cuantas sangrías y emplastos aplicados a sus *Albuferas*, quedó como nueva, echando al río sus malos humores.

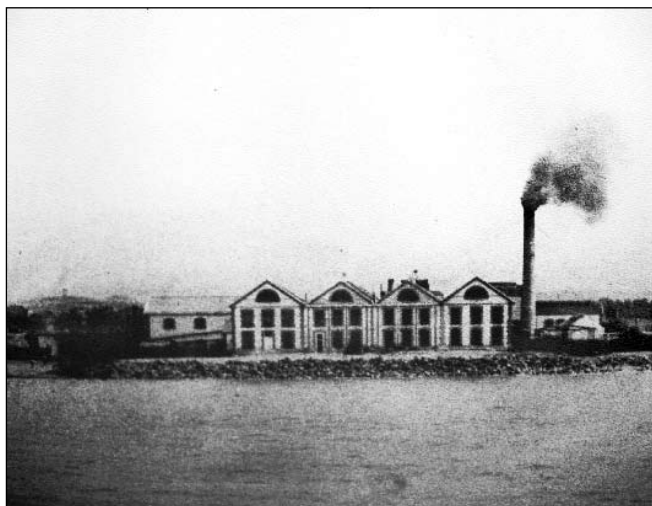
¡Por Dios que me ha puesto a mí de bueno la presencia de la villa coquetona! Sin ton ni son voy encajando aquí una sarta de desatinos, que harán seguramente fruncir el ceño a los hombres graves y a los severos Catones, y para alcanzar de ellos el perdón de mis culpas diré, si puedo, algo formal acerca de

“ADRA: Villa con 11.405 habitantes en la provincia de Almería, de cuya capital dista 52 kilómetros; pertenece al partido judicial de Berja y a la Diócesis y Capitanía General de Granada, y Departamento marítimo de Cádiz. Tiene Aduana de segunda clase y puerto habilitado para el comercio, siendo su rada muy abierta e insegura para contrarrestar los vientos, particularmente los del O., que reinan allí con frecuencia. Su clima es ardoroso y MAL SANO”.

Esto dice D. Pascual, y debe perdonarme el que le contradiga, pues su última afirmación no tiene razón de ser desde que se cegaron las *Albuferas* y pantanos de la vega, que hacían antes insalubre la población.

“Tiene 1.685 casas...”

Con permiso de V., señor mío. Hoy exceden en mucho de ese número.



El ingenio azucarero de Adra en producción.



Recolección de caña de azúcar en la vega de Adra.

”... formando calles IRREGULARES, INCÓMODAS, MAL EMPEDRADAS Y SUCIAS”.

Sr. Madoz, llamo a V.S. al orden por primera vez. No puedo consentir que se propalen con tal descaro esas especies calumniosas, que afectan en gran manera a la reputación de jerarquías tan principales. S.S. ha dado oídos seguramente a las bajas pasiones de algún *Fiel de fechos*, indignado por el atraso de sus mesadas, y hace mal en dar crédito y en propalar ante la Europa culta esas noticias atentatorias a la veracidad.

“Tiene dos plazas PEQUEÑAS, iglesia parroquial MEDIANA, dos escuelas públicas...”

Ocho, Sr. D. Pascual.

“... Una sola fuente de agua regular”.

En eso no anda S.S. descaminado.

“... El terreno es ÁRIDO y ESTÉRIL”.

Sr. Madoz, llamo a V.S. al orden por segunda vez.

“... El término municipal confina con los de Turón y Berja por el N., por el E. con la segunda de estas poblaciones y el Mediterráneo, por el S. con dicho mar, y por el O. con el de Albuñol. Tiene la villa varios anejos que son: la Alquería, el Trevolar, Barranco de Almerín, el Toril y Guainos.

LAS ALBUFERAS son dos lagunas de agua dulce, próximas al mar, y a media legua de la población, junto al camino que conduce a Roquetas, se crían en ellas muchas

clases de peces y sanguijuelas, y en la estación de invierno acuden allí multitud de aves acuáticas, como patos, fojas y gabinas, que dan ocasión a frecuentes cacerías en las que se hace mucha mortandad”.

La presidencia hace señales de afirmación, porque le consta.

“... El río, que lleva el nombre de la villa, pasa a la izquierda de ella y desemboca en el mar, a un tiro de fusil de la misma. Sus corrientes inundan la vega cuando llueve mucho...”

Entonces todos nos mojamos, Sr. D. Pascual.

“... causando daños cuantiosos e inutilizando terrenos. El 7 de Enero de 1821 una gran avenida socavó el cerro donde se hallaba la Alcazaba, y fue sepultado en su cauce este postrer recuerdo de los Fenicios. La población está amagada de que el río cambie de dirección, asolando gran parte de ella”.

Tranquilícese la cristiandad.

“... y haciéndose inhabitable por la influencia meléfica de sus estancamientos. Los caminos son locales y de herradura”.

Sr. Madoz, retiro a V.S. el uso de la palabra y, en vista de sus anacrónicas aseveraciones, confino a S.S. al calabozo de mi maleta y me concedo la palabra a mí mismo, para desvirtuar en cierto modo el mal efecto producido en el mundo por sus noticias inexactas.



Plano de la ciudad de Adra a mediados del s. XIX. (Reproducido de *Almería, siglo XIX*, de F. Ochotorena, 1977).

Empezaré por decir que Adra tiene hoy una excelente carretera que la comunica con su capital, y otra que va a Berja, transitando por ellas, no ya sólo herraduras, como el Sr. D. Pascual se ha aventurado a manifestar, sino llantas y más llantas de carros, coches y diligencias.

Hace muchos años que la importancia de esta hermosa villa toma considerable aumento por el desarrollo creciente de su comercio, su industria y su agricultura, en particular desde que en el año 1872 se terminaron obras de gran importancia para la desviación del río y saneamiento de los terrenos de su vega feracísima, en la que se cultivan mucha caña de azúcar, batatas y sandías de un tamaño enorme. Su término produce además cereales, vino y almendras en abundancia.

La población se ha embellecido considerablemente y sus magníficas fábricas de fundición de plomos y de elaboración de azúcares, así como sus establecimientos comerciales, ricos y bien surtidos, hacen que arriben a sus playas diariamente buques de distinto porte, que la animan y enriquecen en sumo grado, habiéndose establecido allí capitales de gran importancia.

Este puerto puede decirse que es la garganta por donde pasan al insaciable estómago extranjero la mayor parte de los ricos metales de la famosa Sierra de Gádor, de que ya se dio cuenta al tratarse de Berja, en el comienzo de este libro.

Y ya que de este último pueblo hablo, terminaré aquí con ésta, a modo de proporción geométrica.

Adra : Berja : Málaga : Granada.

Y basta de Historia y de Geografía, y de Estadística y de Matemáticas, por que el vapor ha concluido de meterse entre pecho y espalda, como si fueran glóbulos de homeopatía, muchos cientos de barras de plomo, y leva anchas, y hay mucho ruido en el aula, y...

- ¡Adiós, compañero del corazón, *caballista* impenitente y empedernido! ¡Tú, que no puedes soportar tres horas más la ausencia de tu cuadrúpedo! ¡Tú, que nos abandonas y te desembarcas para irte sobre sus lomos a Almería, por aquel camino recto que causaba mi desesperación! ¡Tú, que prefieres endurecer tus callos con 10 leguas más de cabalgada, a seguir aquí, sobre este cómodo corcel que empieza a deslizarse sobre las olas! ¡Tú, que sueltas la rienda a tu habitual resonante carcajada, cuando los demás lloramos tu ausencia y tu ingratitud! Fugitivo Eneas, *ministro de Hacienda* desalmado. ¿Qué va a ser de nosotros cuando sobre el muelle almeriense se disputen mil descortesos rufianes los residuos de nuestros bolsillos, por precio del trasiego y conducción de nuestras maletas? ¿Quién nos recordará las tarifas? ¿Quién pondrá coto a los avarientos desafueros? ¿Quién amparará nuestro derecho? ¿Quién abogará por nuestra economía? ¿Quién reñirá la batalla de los céntimos?...

“*Perdido suplicar, inútil ruego...*” (Como dijo Gallego).

El caballista-abogado, ministro de Hacienda y aposentador general no escuchaba ya nuestras lamen-



Vista parcial de Adra desde el pago del Lugar a finales del s. XIX. (Reproducida de *Farua*, número extraordinario sobre la Historia de Adra, 2006. Colección F. Merelo).

taciones. El bote que le conducía había atracado a la playa. ¡Cruel!

De Adra a Almería en vapor

Eran las 4 de la tarde cuando zarpó el vapor de nuevo, poniéndose en franquía. Emprendimos la marcha, doblamos la punta del río y dejamos a Adra recatada entre los velos de la distancia: pasamos frente a la torre Alhamilla, a la de Balerma, a cuya vista acude a pasarse por *agua* gran parte de la humanidad que se tuesta en Dalías; bordeamos la punta de Guardias Viejas, con sus baños minerales, al lado de la mismas olas, y orzó el buque, casi a barlovento, como si temiera ser acometido de un oculto enemigo.

Y en efecto, allí cerca estaba, escondido apenas bajo las olas y agazapado con astucia para disimular sus intenciones. Era un formidable y terrible monstruo que tenía jurada, desde su prisión, guerra a muerte a todas las quillas nacionales o extranjeras que se le acercasen. Eran las *Llanas de Roquetas*, en cuyos escollos y arrecifes se rompen en todo tiempo los cascos, tantos inexpertos nadadores de madera o de hierro.

Tomamos la vuelta de afuera y dejamos a estribor, allá muy lejos, la punta y torre de Entinas, y la del Sabinar, y la de Cerrillos, y la de Elena, no la *santa*, sino otra de vida libre que, abrazada desde 8 leguas con un *cabo* (el de Gata), viene a dar ser y forma al golfo de Almería.

Hace rato que se presentó a la vista nuestra antigua conocida, la descarada Sierra de Gádor, con toda

su desnudez poco edificante, pero con el riñón bien cubierto de sólidas riquezas y, tras ella, vimos por última vez coronada de nieblas a Sierra Nevada, que aparecía dando a su infeliz subordinada tan salvaje puntapié que, a poco más, la precipita de cabeza entre las olas.

Vimos luego el castillo de Roquetas y al pueblo de este nombre, medio embozado ya en su manta de noche; y vimos irse oscureciendo los cielos, azulándose y desvaneciéndose las montañas, vistiéndose de luto las aguas y aparecer, allá arriba, poco a poco, millares de fulgurantes chispas; y vimos por la proa otras luces muy bajas y todavía remotas, en ordenadas hileras, como las de una procesión; y una neblina vaporosa, como el velo de una desposada, que envolvía un cuerpo lánguido y voluptuoso, el cual se asomaba a los balcones del Mediodía para recibir entre las sombras el casto beso del mar; y luego vimos nuevas luces y brumas nuevas, y diademas muy altas, allá perdidas entre la sombra de las nubes; y un ojo deslumbrador, fijo, azulado y amenazante, que nos repelía; y una lengua muy áspera, como formada de peñascos, que se tendía sobre la negra superficie de las aguas; y luego bultos oscuros e inmóviles, con agujas agudísimas clavadas en los aires; y pequeños monstruos marinos que aleteaban a nuestro lado, azotando las aguas y rodeándonos con atronadora gritería; y sentimos de pronto una espantosa sacudida y un ruido infernal, como de cadenas que nos arrastraran a los abismos, y...

Estaba anclado el vapor X... al resguardo del muelle de Almería.

1881-82

H. Belsches Graham BELLINGHAM



Este viajero inglés, del que desconocemos su biografía, visita solamente Vélez Rubio a su paso desde Murcia a Baza. Llega de noche y se va al amanecer, de modo que prácticamente sólo describe la posada de Rosario y poco más, aunque, eso sí, plasma en su texto todos los tópicos sobre Andalucía que traían consigo muchos de estos viajeros.

El texto se ha recogido de la obra inglesa *Ups and Downs of Spanish travel*. 2ª edición. Londres, Kegan Paul, trench & Co., Paternoster Square, 1883; p. 159-163.

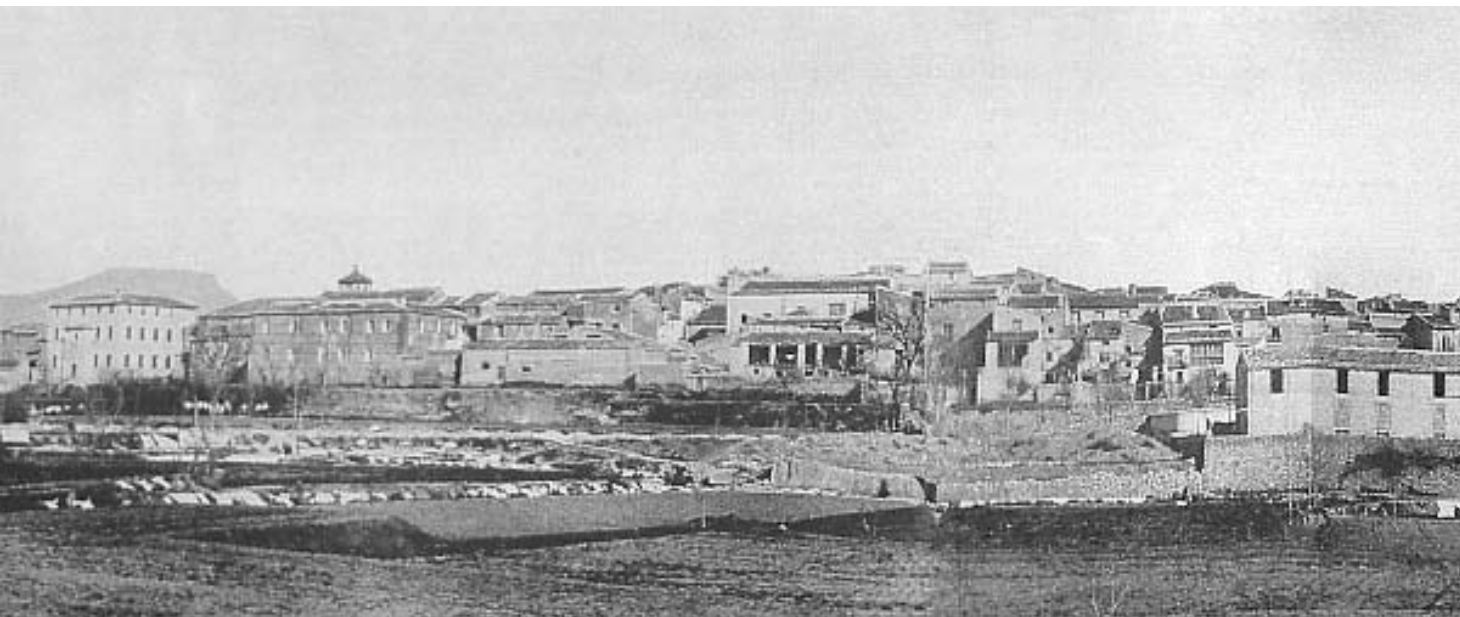
VÉLEZ RUBIO

A las siete en punto llegamos a la antigua y pintoresca ciudad de Vélez Rubio.

Estamos en Andalucía, la tierra de la canción y el baile, la guitarra y la serenata, los vestidos de fantasía y los atolondrados gitanos, el dorado bosquecillo y las montañas con gorra de nieve, la aceituna, el vino y la caña de azúcar. Andalucía, la paradisíaca tierra de los moros y lo más grande del mundo mencionado en las Sagradas Escrituras; la parte de la tierra por la que Jonah viajó sin

éxito; la tierra de Tartesos de la que Salomón se llevó vasijas de plata y oro.

Subimos por una calle empinada a la posada de Rosario, una posada muy grande, pero ya miserable, construida por el duque de Alba. Es en ventas y posadas como ésta, donde el viajero es admitido, como dice Ford en sus escritos *“delirando entre bárbaros y moros y subiendo el telón de hace dos mil años”*, con gran sorpresa por parte de los nativos. Aquí se puede encontrar la misma abigarrada compañía que en las hospederías de los Cuentos de Canterbury. El posadero ofrece fuego para el cigarrillo del contrabandista; el cura, con su so-



tana, charla y bromea con los adinerados; un currutaco con faja carmesí toca la guitarra mientras que las damiselas, que recuerdan a la Edad Media, bailan; los extranjeros pueden sentarse en el vestíbulo contemplando la teatral escena hasta que se les pide amablemente que se muevan para permitir pasar a las mulas y los caballos. Siento que no estoy allí; más bien se diría que estoy leyendo una página del Quijote.

Nuestro carro fue conducido al interior del vestíbulo y nosotros subimos al dormitorio. Era una habitación como para criados, para gente trabajadora; había murciélagos y un sinfín de sillas de montar, cinchas, arreos de cuerda y arañas cuyas telas aparentaban tener muchos años.

Una vez alojados procedimos a pedir la cena. ¿Qué podemos tomar?, preguntamos a la señora de la posada, que llevaba una toca de algodón y un pañuelo rojo en la cabeza. Aunque había muchas cosas nosotros escogimos pollo, arroz, y tocino sin ajo. *¡Sin ajo! ¡Ave María Purísima!- Señora, usted estropeará el estofado.*

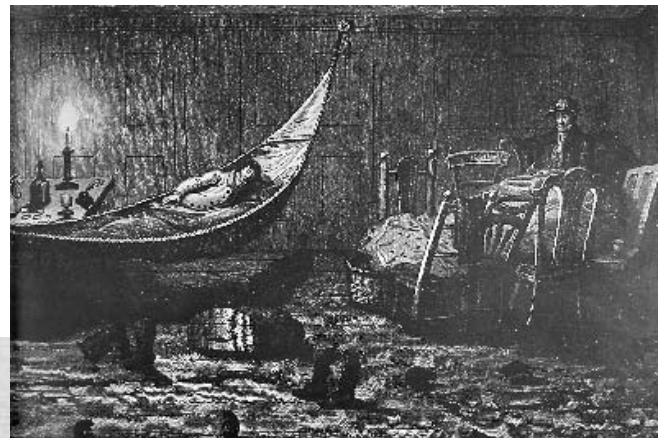
No recordamos haber probado esa hierba desagradable nunca en España. Esta vez también la evitamos.

Dejando a la señora consternada, con los brazos en alto, volvimos a inspeccionar las habitaciones. En cada habitación había una cama y nada más. Yendo hacia el baño había un artilugio de piedra con inscripciones paganas, rodeado de otros restos, preservados más por su belleza que por su ortodoxia.

Cuando volvimos del rápido paseo por la ciudad nos encontramos preparada una cazuela con cordero, arroz, pollo, judías y, lo más importante, cerdo. Por allí no hay una buena cazuela sin tocino ni un buen sermón sin palabras de San Agustín. El cerdo estaba pasado y tenía la forma de una salchicha seca coloreada con azafrán.

Estaba todo totalmente oscuro cuando bajamos las escaleras a las cuatro de la mañana. La vela arrojaba una luz mortecina y trémula sobre unas figuras tapadas con sus capas y tumbadas en el suelo del patio cerrado, donde los carruajes habían permanecido toda la noche, exactamente igual que la escena de la venta de Don Quijote. Al caballero le dieron una habitación con una cama de cuerda, mientras que el propietario se tumbaba fuera en el suelo envuelto en su capa.

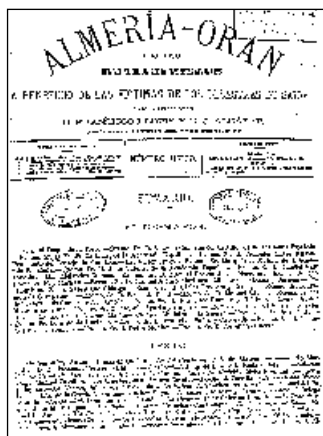
Hacia el mediodía, mientras caminábamos a lo largo de la cumbre de una colina árida pasamos por una serie de cuevas en las rocas escarpadas; eran las viviendas de campesinos trogloditas y de gitanos. Estábamos llegando a la extraña ciudad de Cúllar de Baza...



Arriba, interior de una miserable habitación de posada española. Abajo, vista panorámica de Vélez Rubio hacia los años 80 del s. XIX.

1881

Andrés MELLADO Y FERNÁNDEZ



(Málaga, 1846-Biarritz, 1913) Abogado y licenciado en Filosofía y Letras, se inició en la vida política a través del periodismo; sus ideas políticas fueron evolucionando a lo largo del tiempo hasta pertenecer al partido de Sagasta. Llegó a ser director de *El Imparcial*. Fue alcalde de Madrid en 1889, ministro de Instrucción Pública en 1905 y miembro de la Academia Española. Ocupó su escaño en el Congreso en varias legislaturas.

Como periodista de *El Imparcial* fue enviado a Almería en el verano de 1881 para repartir a las víctimas y familiares de los sangrientos sucesos de Saida, donde se hallaban muchos almerienses emigrados temporal o definitivamente, los 224.213 reales que éste periódico había recogido por suscripción popular. Sus impresiones sobre este trágico suceso fueron publicadas en varios artículos en *La Crónica Meridional* (14, 19 y 20 –VII-1881).

CARTA DE LEVANTE

Almería, 6 de julio de 1881

Mi querido compañero: la contemplación de tal cúmulo de desdichas y penas, así como el vivo deseo de que los socorros sean eficaces por la prontitud, justificados por la comprobación de las desgracias y equitativos teniendo en cuenta las pérdidas de cada uno, sus condiciones para hallar trabajo y todas aquellas circunstancias especiales de los casos diferentes, me privan por completo de tiempo y tranquilidad de espíritu para describir con vigorosa exactitud estas escenas de desolación, y relatar con el debido espacio el estado de la opinión en ésta, el celo y diligencia de sus autoridades, la inicua suerte de que es víctima una provincia secuestrada del resto del país por odioso abandono, y pobre, decaída en medio de una riqueza natural exorbitante, que no parece sino reproducida en ella la fábula del que rodeado de oro murió de hambre. La justicia de sus quejas y el unánime clamor de la voz pública en todas las clases me comprometen a hacerme eco de cuanto miro y escucho, viéndome obligado a aplazar el estudio de puntos tan interesantes a la prosperidad de este pueblo y aún al acrecentamiento de la riqueza nacional, cuando acorra a estos quebrantos de los pobres repatriados y lleve de vencida la difícil tarea

de distribuir los donativos de la caridad española en forma que corresponda a los nobles propósitos de los generosos donantes.

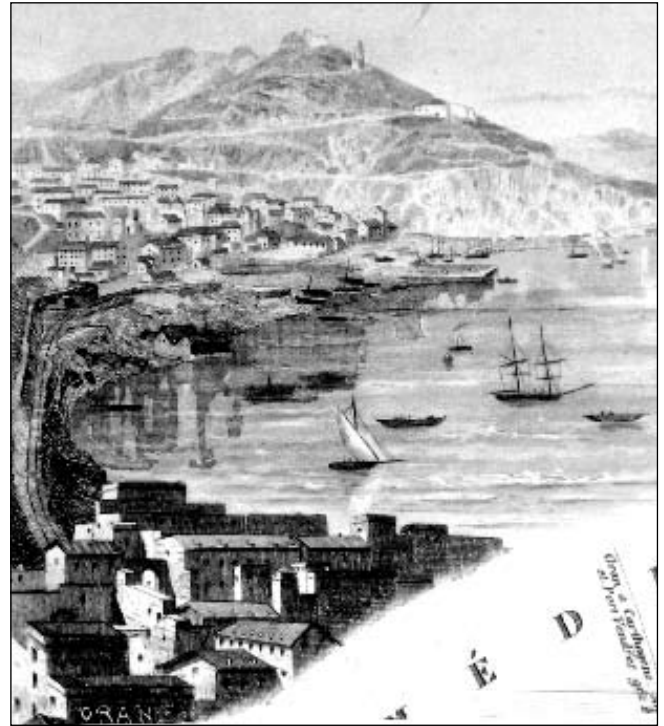
Tengo, pues, que recurrir al lenguaje casi telegráfico, dando de mano a toda gala literaria y privando a mis relaciones de todo relieve y colorido que quisiera darles para que al reproducir en su verdadera crudeza la historia de tantos dolores, llevar al público las impresiones que experimentamos cuantos somos testigos de estas realidades, que exceden a toda ponderación. Yo quisiera que esos señores que apellidan fantásticos los informes de los sucesos de Saida y Bel-Abbés presenciaran el desembarque de los vapores que continuamente llegan, que oyesen el llanto amargo de las viudas, el grito de los chiquillos, las historias que cada cual cuenta, y vieran además el hambre retratada en los rostros, la miseria grabada en los guñapos, las pérdidas sufridas en la sombría desesperación, y, por último, que recogieran en estadística los nombres de los muertos que van citando los fugitivos, y entonces tendrían que convenir aquellos incrédulos de conveniencia en que las catástrofes han superado a los lamentos, y que aún se tardará tiempo en averiguar la profundidad de la herida que ha recibido la población de estas provincias levantinas.

El acta remitida ayer de la distribución de fondos que hicimos en el gobierno de esta provincia da una

idea sumaria de los casos que hemos atendido desde luego. Asistieron, según me consta del referido documento, todas las autoridades de la provincia y de la capital. Ausente el ilustrísimo señor obispo, estuvo representada la iglesia por el dignísimo canónigo doctoral que gobierna la mitra, el cual iba dando las cantidades que entre aquel ilustrado concurso, verdadera aristocracia intelectual de esta provincia, se consideraban proporcionadas a las situación de cada pobre, después de un prolijo interrogatorio y de la compulsación de las declaraciones con la lista oficial de la comandancia del puerto. Presidió el acto el señor gobernador, Dr. Roselló, de quien serán insuficientes todos los elogios que haga por el celo, la actividad y el verdadero amor a los menesterosos que ha desplegado para conjurar estas calamidades. Él solo ha asistido y prestado todo linaje de auxilios a los dos mil y más emigrados que arribaron a ésta cuando ni disponía de los fondos, ni El Imparcial había logrado aún levantar el espíritu público. El doctor Roselló se trasladaba a los buques, asistía a los desembarcos y, acompañado de algunas personas de esta población, subvino a las necesidades del momento, desprendiéndose hasta de cantidades de su propio bolsillo: su señora le ha ayudado en esta caritativa obra, haciendo estos últimos días 10 trajes para niños pobres. De todas las otras autoridades no tengo tampoco más que palabras de encomio, y cuando me ocupe en sazón de la provincia hablaré de cada una de ellas.

El vapor Cámara desembarcó el domingo, dos horas después que nosotros; y, ante lo apremiante del caso, sin descansar nos fuimos a invitar a las referidas autoridades, que acogieron nuestra demanda con gran deferencia, y asistieron con puntualidad al sitio y a la hora prefijados. La gran muchedumbre de los infelices ocupaban ya todos los alrededores del edificio. Habían desembarcado 283; pero sólo se presentaron a recibir socorro 219. ¿Dónde estaban los que faltaban? El deseo de llegar de inmediato a sus hogares es tan vehementemente en estos emigrados que varios de ellos, heridos y con calentura, no se resignan a retardar un día más el regreso a su pueblo, y emprenden la caminata con un calor que materialmente asfixia, y por caminos casi de cabras, que son los únicos de que está dotada esta infeliz comarca.

Es de admirar en todos los que socorrimos el primer día la sinceridad de las declaraciones. No exageran, no mienten. Hay un gran espíritu de verdad en todos sus relatos, y muchas veces, pudiendo favo-



Vista de Orán, meta de muchos emigrantes almerienses en la segunda mitad del s. XIX. (Gentileza de L. Cara).

recerles alguna contestación algo equivocada, dicen lo cierto aún en contra suya. *¿Ha tenido Vd. desgracias personas?* Se les pregunta. *-No, no señor. ¿Le han robado a Vd. algunas cantidades, alguna ropilla?* *-Ya ve Vd. soy un pobre, qué me habían de quitar,* contesta uno. *-Cinco o seis duros que me han quedado a deber,* contesta otro.

Hemos interrogado a varias viudas. *¿Han matado los moros a su marido de Vd.?* *-No, señor* —contesta la que se encuentra en tal caso— *ha muerto en Orán, o murió aquí en España, antes de emigrar yo.* La que acaba de perder a su marido o a sus hijos en las terribles matanzas de Saida no necesita ni declararlo; lo dicen sus lágrimas y su estado; lo declararan compañeros y vecinos del Chantier en que trabajaba.

Una mujer a quien anoche embarcamos para Málaga ha visto morir a su marido. Trae un hermoso niño en brazos con una herida en un brazo. El angelito, vivaracho y charlatán, se nos queda mirando mientras la madre lloraba con inmenso desconsuelo, y nos dice: *-Si yo tuviera una pistola, mataba a todos los moros que mataron a mi padre.*

Una familia ha venido que se ha salvado de la muerte por una desgracia casi providencial. Vivía en el Achar y falleció uno de sus hijos; tuvieron que ir

a enterrarlo a un pueblo inmediato, algo distantes. Al terminar la lúgubre ceremonia, vieron desde lejos el incendio de su vivienda y llegaron fugitivos de los alrededores; pudieron escapar de esa suerte, pues, sin la ocurrencia, habrían sucumbido como todos los que habitaban en dicho punto.

Cuatro líneas porque el correo de aquí sale a las primeras horas de la mañana y esperamos un nuevo vapor que me ha hecho aplazar un viaje a varios pueblos del interior donde hay un gran número de desgracias, no socorridas aún. Ayer, a la noticia de los repartos que hacíamos, relativamente cuantiosos para los pobres de por aquí, una afluencia extraordinaria ocupó el patio y los alrededores del Gobierno Civil. De orden del gobernador fueron amonestados diciéndoles que nos veríamos obligados a proceder contra los que se fingieran emigrados, porque venían a quitar el dinero a los verdaderos menesterosos. Sin más que esto, se fueron más de 50. Como los últimos socorridos pertenecían a desembarques de días anteriores a mi llegada, procedimos con escrupulosidad tan minuciosa que tardamos cerca de 4 horas en socorrer a unas sesenta y tantas personas. Dios premie a las dignas autoridades e ilustradas personas de la prensa almeriense la caridad que hacen en este molesto y difícil trabajo de depurar las verdaderas necesidades y cooperar con tanto celo a la gran obra de la generosidad española.

Almería, 9 de julio de 1881

Queridos compañeros: las noticias que me comunicaron de algunos pueblos cruelmente castigados por las desgracias de Saida, y los informes de que en ellos residían en espantosa miseria muchas familias que lloraban la pérdida de seres queridos, único sostén y esperanza para vivir, me hicieron emprender un viaje, ocho leguas al interior, porque mientras me sea posible considero preciso entregar los socorros directamente, de acuerdo con la opinión unánime de esta provincia, que se duele de lamentables equivocaciones ocurridas algunas veces.

Había dirigido cartas a los señores alcaldes de los pueblos que podía visitar en una sola expedición, a fin de que tuvieran hechas las informaciones indispensables, para que constara de modo fehaciente el número de familias desvalidas, sus pérdidas, su situación y demás circunstancias que deben regular la proporción equitativa del reparto.

Acompañado del secretario de la Diputación, Sr. Calatrava, que se prestó obsequioso a tan molesto via-



El vapor "Numancia" embarcando trabajadores para el norte de África. (Reproducida del libro *Memoria histórica, fotográfica y documental de Garrucha, 1861-1936*, J. A. Grima, 1991).

je, salí de ésta antes de amanecer, porque con los calores tropicales aquí es imposible viajar de día. La carretera, que es de las pocas con que cuenta la provincia, está clasificada como de segundo orden; no es mala, pero bien podía ser mejor si hay verdad en lo que dicen de su coste, que parece ascendió a 9 millones.

Apenas se pierden de vista algunos caseríos, quintas y pagos de los alrededores de la capital, se entra en un terreno completamente africano. Las montañas accidentadas son casi todas de una arcilla deleznable, que ofrece casos frecuentes de desprendimientos y alteraciones geológicas; no se observa en ellas vegetación ni vida; por muchos sitios serpentea el camino entre gargantas de montes áridos, desnudos de toda verdura que parecen próximo a juntarse sepultando a los viajeros; de trecho en trecho se cruza un cauce ancho y arenoso, sediento de agua, por donde apenas se desliza en este tiempo un pobre arroyuelo que, a imagen de las revoluciones españolas, no sale de su sutil corriente más que para convertirse en un brazo de mar e inundar toda la comarca, uniendo a los gérmenes, vivificantes que deja tras de su paso, los estragos y alteraciones que causa en todas las haciendas de sus márgenes.

Poco más allá de Rioja se desarrolla a la vista un encantador paisaje; aquello es un verdadero oasis en medio del desierto; bosques de palmera, maizales, toda la vegetación tropical; se oye a lo lejos la lánguida y monótona canturía de un campesino que va en su borriquillo; parece enteramente una canción árabe. No es menester



Vista general de la población de Tabernas.

pasar el mar ni hacer largos viajes para contemplar los panoramas cantados por los poetas orientales. Podrían cambiar aquí las civilizaciones, la religión, los gobiernos; la naturaleza seguirá siendo árabe en todas estas comarcas.

Nuevas montañas ocultan en seguida el oasis de Rioja, y desde luego, se entra en los dominios del mundo inorgánico: montes, colinas, sierras, sin una mata, sin un ser viviente, fatigan el ánimo y los ojos por espacio de interminables leguas, hasta llegas a las faldas de la alturas de Tabernas. Ni siquiera se ve volar de paso una sola ave. En cambio, las montañas que cierran el horizonte abrigan en su seno tesoros inapreciables. A la izquierda se destaca la sierra de Gádor, con sus plomos argentíferos, aún por explotar; a la derecha, el monte Alhamilla, todo de hierro, semejante a la montaña imantada del cuento de Simbad el Marino; allí no hay que buscar filones, basta llevarse los peñascos para fundirlos. En último término, hacia Poniente, la Sierra de Filabres, cuyas estribaciones encierran las canteras de Macael, donde hay mármoles nacarados que superan en calidad y abundancia a los de Paros y Carrara. Riquezas perdidas hasta hoy; tesoros secuestrados de toda circulación, que a semejanza de las notas dormidas en el arpa de la balada de Bécquer, esperan el grito potente de la primera locomotora que diga a esta provincia infortunada: “¡Levántate y anda!”

Llegamos al punto final de nuestro viaje: más allá no hay carretera. Tabernas es una población grande, anda famosa bajo el punto de vista estético y relativa-

mente rica si se compara con otros pueblos míseros de la provincia. Suponen sus habitantes que es de origen árabe; pero el mismo nombre parece indicar que es de tiempo romano, cosa que indica también su derruido castillo; y aún si se tiene en cuenta el triste aspecto del pueblo, podría decirse, por una licencia poética algo atrevida, que es el *Tabernas pauperum* que dijo el latino, y que ponía D. Hermógenes, el del café, en sus memoriales al ministro. Era ya bien llegado el día cuando llegamos, a pesar de lo cual todas las puertas estaban cerradas y la mayoría de los vecinos durmiendo. No deja de parecer raro que un pueblo por excelencia agrícola sea tan poco madrugador.

El médico D. Francisco Ros Pérez nos dio grata hospitalidad en su casa, haciendo él y su distinguida señora los honores con una galantería que tuvo de la corte la delicadeza y del campo, la sinceridad. Poco después empezaron a venir las personas notables de la localidad, y el primero, el alcalde, Sr. Solves Barrios, persona ilustrada y de carácter franco. Pude informarme de que en el pueblo hay dos fracciones políticas tan terriblemente irreconciliables que sus respectivos partidarios no se saludan ni se hablan, ni, como vulgarmente se dice, irían juntos a recoger monedas de cinco duros. Todos los que vinieron a honrarme con su saludo eran de uno de los dos bandos, en seguida comprendí que hacer el reparto acompañado de una facción podría interpretarse como un manejo electoral, ahora que se prepara en dicho pueblo una tan ruda campaña, que ni siquiera pueden soñar los apáticos e indiferentes electores de Madrid. Manifesté mi deseo de que asistieran los jefes de los dos partidos para proceder con absoluta imparcialidad y establecer una especie de juicio contradictorio en la averiguación de las mayores desgracias, y los que me honraban con su visita aplaudieron el pensamiento, manifestando que, por su parte, estaban dispuestos a hacer un paréntesis en sus rencores, por más que dudaban de que asistieran los otros (Aquí cada partido llama al contrario, *los otros*). Acompañado del Sr. Alcalde, fue de casa en casa para invitar a los referidos jefes de cada agrupación; y por ser un sentimiento caritativo lo que inspiraba el acto y una buena obra la que iba a hacerse a las viudas, no sólo concurrieron, sino que, depuestas momentáneamente todas las diferencias, personas que no se dirigían el saludo conferenciaron de amistosa manera, debatieron cada caso sobre la información ya hecha, y se concertaron para proponer unánimemente las cuotas destinadas a la viuda y al huérfano. Una hora después se separaban para no volverse a hablar en toda la vida.

Sólo este pueblo ha perdido 26 hombres en los *chantiers* que fertilizaban con el sudor de su frente; la inmensa desgracia de las familias, su horrible miseria, la desolación del vecindario, lo excepcional de los casos y las excitaciones del jurado de los notables debidas a tan justa conmiseración, me hicieron poner sobre la mesa todo el dinero que llevaba para que dieran socorros tan crecidos como lo permitan las muchas desgracias a que es preciso atender. Si los lectores observan alguna vez desproporción entre las diferentes cuotas que figuran en las actas, deben tener presente que las fijamos aconsejándonos de la opinión práctica de los conocedores de cada localidad y de la conciencia recta de personas intachables que no tiene más objetivo que el procurar hacer más cuantiosos la limosnas al más infortunado, para lo cual es preciso reducir el auxilio a quien, desgraciado también, puede trabajar, y sólo necesita salvar los primeros momentos de penuria. 10, 15, 20 y aún 25 duros a una viuda cargada de familia o impedida para el trabajo no es despilfarro del dinero de la caridad, mientras que sí lo sería dar más de 20, 40 o 60 reales, según los casos y distancia que ha de recorrer hasta su pueblo, al bracero que puede encontrar pronto acomodo. Aún entre las viudas hay desigualdad, porque no es lo mismo la joven que la anciana, ni por igual deban obtener auxilio la que tiene hermano o padre y la que está sola en el mundo; algunas han sido socorridas oficialmente, y esto hace que rebajemos la cuota en beneficio de las más infelices. Así pues, la equidad con que procedemos no puede someterse a una regla fija, y sólo sobre el terreno y en presencia de cada familia cabe apreciar la estricta justicia distributiva que, con la ayuda de tan respetables consejos, viene presidiendo estos repartos.

En el pueblo de Tabernas todo concurría a favor de aquellas infelices, comenzando por lo enorme de su desgracia: una mujer ha perdido su esposo y tres hijos, quedándole por herencia dos niñas pequeñas; otra también ha visto morir cuatro de familia, aquella víctima de la brutalidad africana quedó viuda impedida para el trabajo y con una pequeñuela de dos años. Basta leer el acta para sentir el terror de tan espantosas tragedias.

Cuando se abrió la sesión y se colocaron en el fondo de la sala capitular, aquellas mujeres enlutadas, macilentas, con la demacración en el rostro, encendidos e hinchados los ojos, encorvado el cuerpo, los negros mantones debidos a la caridad de las vecinas, echados hacia la cara, los pobrecitos niños huérfanos delante

y algunos colgados del cuello de sus madres, hubo un momento en que todos sentimos oprimírnos el corazón y como que nos faltaba aire que respirar. El alcalde, que había de llamarlas una por una, estuvo un rato sin poder decir palabra. Hombres rudos del campo, curtidos por el trabajo y la vida de privaciones lloraban en silencio.

Empezó la distribución, y a cada limosna que se daba, el Sr. cura, D. Antonio María Sanz, con voz conmovida y acento solemne, decía: *“Este es el dinero de la caridad del rico y del pobre, ruegue a Dios por las almas misericordiosas que han contribuido a esta buena obra”*.

Se presentó un pobre ciego con un pequeñuelo en brazos: el chico juguetón saltaba y reía; el padre ha perdido la vista a consecuencia del terror y de la fuga bajo los ardientes rayos de las montañas de Saida. Una de las viudas toma el dinero a puñados sin saber lo que hace, se le caen las monedas, hay que recogerle la cantidad y echársela en un pico del mantón. Parece que no se entera de lo que se le da; no cesa de derramar lágrimas diciendo: *“¿Y mis hijos, y mis pobrecitos hijos quién me los dará?”* Las otras compañeras le ayudan a retirarse. Termina el reparto y la campana de la iglesia empieza a tocar a muerto. El cura nos invita a asistir a una misa de *requien* que va a cantar por el alma de los asesinados en Saida.

Todos nos trasladamos al templo. La iglesia es ancha y espaciosa: es el único edificio notable del pueblo. A mano derecha se levanta una capilla de soberbio mármol de Carrara con una imagen de la Virgen, verdadera obra de arte. Es una de las esculturas mejores que hay en España. Una familia acaudalada de la población (los Villasantes) hizo hace ya mucho tiempo aquella capilla que domina el panteón donde están los restos de los suyos. Empieza el oficio de difuntos, modesto, sencillo, sin aparato: no hay esa suntuosidad del lujo con que la vanidad establece clases y categorías aún más allá del sepulcro. Sólo se oye una voz cascada desde el coro que salmodia el *Dies irae*; sin embargo, todo aquello impone y está lleno de más sentimiento, respira más dolor. A un lado de la iglesia se vé el grupo enlutado de las dolientes, más adelante están los huérfanos, un rayo de sol que penetra por una claraboya de la iglesia cae entre uno y otro grupo sobre los rojizos ladrillos del pavimento; parecen una mancha de sangre que une el luto de los que nacen a la vida, con el dolor de los que ya trasponen. Cuando el sacerdote termi-

nó su última oración, las mujeres, que habían estado conteniéndose durante la misa, rompieron a gritar, a dar alaridos, sollozos, confundiéndose todos aquellos clamores entre los cuales sólo se percibía alguna vez distintamente el “*pobre hijo mío*”, “*ay mi padre*”, “*hijo de mis entrañas!*”, “*¡qué lástima de mi marido!*”... Abandonamos rápidamente la iglesia todos, porque era imposible resistir aquella escena.

Una de las cosas que me han causado impresión más profunda en mi ánimo ha sido el cuadro de los fusilamientos del Dos de Mayo, de Goya: la figura de aquel hombre cubierto de sangre, con los brazos levantados y aquella fisonomía de supremo espanto, nunca la he podido apartar de mi mente. La veo en sueño, me parece que he asistido a aquella horrible tragedia. Pues más honda, más dolorosa es la impresión que conservaré siempre de aquella explosión de dolor que siguió a la misa de *requien*. A través de tantas leguas suenan aún en mis oídos aquellos gritos desgarradores.

Un hombre de campo que salía junto a mí a la plaza del pueblo me dijo enjugándose los ojos con el revés de la encallecida mano: “*Bueno es que lloren, pero todo español que se muere en África yo estoy seguro que resucita en España*”. Primero me entusiasmó el patriotismo tan sincero de aquel hombre, después sentí casi vergüenza como escritor. Creo que en un año no he leído una idea tan sencillamente poética, ni que revele una fe tan sublime en el amor a la patria.

Al tocar en los pueblos próximos a Rioja, convocamos a las viudas y a los huérfanos de cada uno en este punto céntrico de la carretera. Por desgracia, las cartas no habían llegado a los alcaldes, y sí el rumor, entre la gente del campo, de nuestro viaje para repartir los donativos de la suscripción. Así fue que al reunirse algunos alcaldes y autoridades en la casa consistorial de Rioja no había noticias precisas más que de cuatro viudas y de uno inutilizado para el trabajo. Unimos al jurado calificador al bravo emigrado Francisco Rodríguez González, de quien hablé en una de mis anteriores contando cómo había salvado a dos heridos en los montes de Saida. Se socorrió a los 5 desgraciados de que tenían noticias el alcalde y teniente cura de Rioja, y acordamos que por el alcalde, cura y juez municipal de cada pueblo se nos comunicara en Almería lista de las viudas y personas más desvalidas a consecuencia de los sucesos de Orán. Después, como aparecían muchos que por haber venido en las primeras expediciones anteriores a la suscripción de El Imparcial no habían

sido socorridos, procedimos a un reparto de cantidades pequeñas por la circunstancia de que se hallaban en sus pueblos o muy inmediatos a ellos. Apenas empezamos, la sala del ayuntamiento se llenó de gente: en la escalera, en la plaza, por todas partes acudían grupos numerosos de Viator, Pechina y, sobre todo, de Gádor, que se vino casi en masa. Entre ellos, muchos habían recibido ya socorro; a otros los recusamos por ser dudoso que procedieran de Orán. No teníamos las listas numerosas de los primeros vapores; la comprobación se hacía imposible.

Propuse que suspendiéramos el reparto y que cada cual buscara datos irrecusables de ser verdaderamente necesitado y de su permanencia en Orán. Entre los grupos de peticionarios me propusieron que señalase una pequeña cuota a cada uno, con lo cual todos se daban por contentos. Parecióme que era desvirtuar el objeto de la suscripción; más aún, que era quitar a los más necesitados todo lo que se diera a los que no lo merecían. Insistí en mi propuesta de levantar la sesión, cosa que pareció muy acertada a las dignas personas que me auxiliaban en el reparto. Temía que al atravesar los grupos de descontentos nos hicieran alguna manifestación hostil, o por lo menos de desagrado. Debo confesar que no he visto un pueblo más sensato. Bastó que les dijera que entre ellos había muchos que sin haber estado en Orán pretendían un socorro que sólo correspondía a las víctimas, para que me dieran la razón y se retiraran tranquilamente en distintas direcciones.

Había salido de Almería a las dos de la madrugada y volvíamos a las 10 de la noche, quebrantados, molidos y ahogándonos en una atmósfera de calor casi asfixiante. Al llegar a la fonda, un compañero de la prensa, sabiendo que ni recibo ni leo periódicos, me contó no sé qué historias de algunos diarios de Madrid que me atribuyen frases que no he dicho; relaciones que no me han pasado por las mientes, y hasta palabras que no acostumbro a usar nunca ni escribiendo ni hablando. Me añadió que, partiendo de esa falsa base, los comentarios eran aún peor intencionados que la invención. Por fortuna no me quedó tiempo para pensar siquiera en esas pequeñeces, porque el consignatario del *Acuña* vino a decirme que aquel vapor llegaba a la madrugada con más de doscientos emigrantes, y hubo que hacer los preparativos para recibirlos dignamente. De la llegada del citado vapor y del aspecto verdaderamente grave y del nuevo carácter que toma la inmigración me ocuparé en una de mis próximas en cuanto disponga de tiempo para ello.

1883

George Parsons LATHROP



(Honolulu, 1851-Nueva York, 1898) Importante escritor americano. Se educó en Nueva York y Dresden (Alemania), desde dónde volvió a Nueva York, para seguir la carrera literaria. Sus comienzos en el periodismo fueron como redactor asociado de la publicación mensual *Atlántico* durante dos años, la dejó para dedicarse al periódico de Boston y Nueva York. Sus contribuciones a la prensa diaria eran variadas y voluminosas. En 1883 fundó la Liga Americana del Copyright, que finalmente aseguró la ley de copyright internacional. Fue también uno de los fundadores de la escuela de verano católica de América. Escribió poemas, novelas, la historia centenaria del convento de la Visitación, Georgetown, C.C., editó la obra completa de Hawthorne, su suegro, y otras muchas obras, entre ellas *Spanish Vistas* (Harper & Brothers, libro que se publicó en Nueva York, en 1883, con numerosas ilustraciones de Charles S. Reinhart, en él describe su viaje por España de Burgos a Madrid y Andalucía.

A Almería llega por mar procedente de Málaga y prosigue su viaje hacia Cartagena. Su descripción es breve pero interesante al detenerse principalmente en costumbres populares, la lamentable vuelta de los españoles de la Guerra de Marruecos. Este relato se ha recogido de *Harper's New Monthly Magazine*, volumen LXXV, publicado de junio a noviembre de 1882, p. 553-554.

SPANISH VISTAS

Fue un alivio ver que estábamos aproximándonos a Almería.

Una carretera cortada en la roca; que por un robusto puente arqueado transcurre sobre un corte en el mar, una pequeña edificación cuadrada situada en una roca guardando la carretera; luego la mezcla lejana de casas bajas a lo largo de una protegida bahía, y una fortaleza vacía sobre una elevada colina por encima de las casas. Estas fueron las señales de nuestro avance hacia otra zona deshabitada.

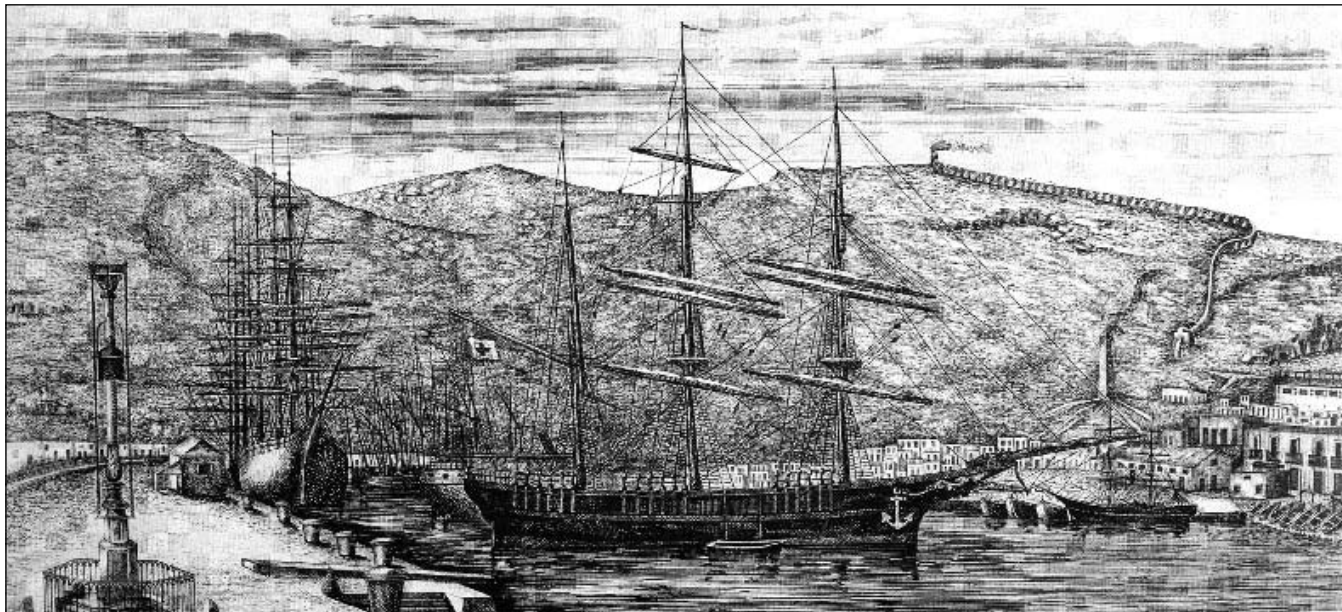
Teníamos a bordo un enigma de dos piernas con blanco yelmo que escribía con ostentosa laboriosidad en un cuaderno, tocaba fluidamente el piano y emergía engalanado con un par de arqueadas zapatillas de cuero color canario que daban a sus pies la apariencia de gigantescos limones.

También teníamos un guapo chico francés, locuaz y chistoso, que con mórbido sentido de lo que

era adecuado, insistía en estar mareado, aunque el mar raramente estaba revuelto; y le conseguimos reanimar, después de que la barca anclase suavemente en el puerto, tan pronto como empezó a anhelar en voz alta París y el café en el bulevar "Et mon absinthe".

Observamos con estos compañeros los chicos desnudos que rodeaban el barco, en una flotilla de barcas de remos, ofreciéndose a zambullirse en picado en el agua, por unas monedas, como precisamente había visto hacer a los jóvenes indios mejicanos en Acapulco.

Cerca, otro barco de vapor procedente de África, desembarcando gran cantidad de españoles, que volvían huyendo de las atrocidades de los árabes de Orán: era una patética visión, cómo caían silenciosamente dentro de barcazas que los llevaban a la orilla, algunos absolutamente indigentes, con solo las ropas con las que habían huido de los fanáticos asesinos y otros acompañados por unos pocos míseros efectos familiares.



Vista del puerto de Almería tomada desde la punta del muelle. Litografía ejecutada por Hilario Navarro de Vera en 1877. Parte izquierda.

¿Me pregunto si sentían la “irremediable nostalgia”, de la que el Sr. Castelar habla?

El sol era tan ardiente, como el que había brillado sobre ellos a lo largo del Estrecho desde la orilla del Oscuro Continente; y las chillonas casas de bajos tejados, agrupadas a los pies de la fortaleza árabe La Alcazaba, eran tan orientales que pensé que les debía resultar difícil de creer que habían dejado África. Almería, como otras ciudades del Sur es en apariencia, más oriental que española.

Sólo los largos y tortuosos conductos cubiertos y en zigzag, trazados como venas hinchadas en las escalonadas colinas, indicaban la existencia de minas de plomo que le daban una presencia en el comercio. Estos llevan el humo tóxico hasta un lugar por encima del aire inhalado por los ciudadanos, y se ven las humaredas saliendo por altas chimeneas en la cima, como si la montaña estuviera viva y respirando con dificultad. La ciudad, desdibujada contra su polvoriento y pálido fondo como ya vislumbramos al principio, casi desapareció con la cegadora llamarada de luz que la barrió al aproximarnos.

Bajamos a tierra e intentamos pasear, pero el seco y ardiente calor, nos hizo retroceder para refugiarnos en cualquier franja estrecha de sombra que proyectaban las casas. Incluso las sombras parecían blanquecinas. Era imposible llegar hasta la catedral cubierta de hierbajos, la cual, como pudimos ver desde el agua, estaba

provista, desde antiguo, de torreones fortificados, contra las incursiones de piratas.

Nos refugiamos gustosamente en un quiosco restaurante situado al principio de la alameda, donde podíamos observar la calurosa y amarillenta calle hasta una plaza de cerúleo mar, y sorbimos limonada mientras harapientos campesinos, con faja carmesí venían hacia nosotros.

Apenas nos habíamos habituado a las mujeres granadinas en pantalones, cuando tuvimos que darnos cuenta que los hombres de esta región llevaban cortas faldas blancas, en lugar del traje habitual de más abajo. ¿Cómo va España a unificarse existiendo este tipo de cosas? Al parecer, patriotas locales habían luchado contra este problema y habían sido vencidos como indicaba una simple columna memorial frente al quiosco, recordando como habían caído en alguna inútil lucha revolucionaria.

Cuando navegábamos, tras rebasar un promontorio, la sequedad y el polvo de la ciudad, cedían el paso repentinamente, al increíble verdor de cañas de azúcar y otros cultivos. Almería estuvo rodeada de la misma fertilidad, pero la tierra había sido despojada en exceso de sus bosques en toda esta región, (el viejo reino de Murcia y Valencia), por ese motivo sólo ciertas zonas privilegiadas, aún conservan su primitivo esplendor, mediante continuos cuidados y frecuentes riegos.

1883

J. PIE Y ALLUÉ



Fue uno de los ingenieros de las minas de Sierra Almagrera a finales del siglo XIX y director de la Escuela de Capataces de Minas de Vera, concretamente dirigía la mina La Guzmaná, como veremos en otro relato en que acompaña en su visita al corresponsal de *La Crónica Meridional*.

Además de los artículos que escribió para la *Revista Minera y Metalúrgica*, (1883), de donde se ha extraído este texto, participó como colaborador en la *Revista de Almería*, escribiendo sobre diversos temas, como la traída de aguas a la ciudad y proyectos sobre la construcción del puerto, y dictó diversas conferencias sobre el evolucionismo en el Ateneo.

UNA VISITA A SIERRA ALMAGRERA EN LA PROVINCIA DE ALMERÍA

Acompañando a un distinguido ingeniero alemán, he tenido recientemente nueva ocasión de visitar la famosa Sierra Almagrera, que tanto atrae a cuantos recorren la provincia de Almería, y muy especialmente a los que por nuestra profesión miramos siempre con grande interés todos los centros de verdadera importancia minera.

Al salir de la población de Vera, estación indispensable de todo el que se proponga visitar la Sierra, tomamos primeramente la carretera de Garrucha y, más tarde, uno de los varios caminos que, a media ladera y en muy malas condiciones por cierto, conducen a las minas.

Al cabo de una hora de viaje pudimos ya recrearnos con el hermoso paisaje que se desarrollaba ante nuestra vista. A la derecha, Sierra Cabrera, rica en curiosidades mineralógicas; a la izquierda, el Pilar de Jaravía, campo de estudio para el minero y el geólogo; la inexplorada Sierra Almagro a nuestra espalda; enfrente, y a corta distancia, el Mediterráneo, tranquilo como un lago, brillante como un espejo teñido de azul bellísimo, y en su orilla, Palomares, Villaricos, con sus fábricas, y Sierra Almagrera, por cuya cumbre asomaba el sol alumbrando con la fuerza y claridad peculiares de esta costa, el espectáculo diseñado a grandes rasgos.



Torre del Humo de la antigua fábrica de San Andrés, en Adra. (Foto de A. Aguilera París, 2004).

El sitio que atraía nuestras miradas, que contemplábamos con la emoción de un artista que descubre a lo lejos un templo de arte, era Sierra Almagrera, y no lo



Vista general de las máquinas de desagüe y de las minas Ánimas, Fuensanta y Santa Isabel. Foto de J. Rodrigo, 1874-1884. (Reproducida del catálogo *El Siglo Minero*, IEA, 1991).

ha de extrañar, estoy seguro, el lector, si éste es minero y tiene amor a su profesión. Su aspecto no es en verdad grandioso, es una Sierra pequeña, casi un juguete. Cual si hubiese sido el modelo para hacer todas las demás sierras, no hay detalle que le falte, pero todos están en pequeña escala. Una legua de larga, media de ancha y unos 300 metros de alta, son sus dimensiones.

Lamiendo sus faldas, la rambla de Mulería, de ancho cauce siempre seco, inofensivo al parecer, pero terrible cuando recoge las aguas de alguna tormenta, separa por Poniente la sierra del llano en que se destaca y viene a unirse por el extremo Sur al río Almanzora, de inmenso cauce, pero como el de la rambla, casi siempre seco.

De la rambla de Mulería suben ondulando hasta la divisoria de la Sierra muchos barrancos, célebre algunos de ellos, como el Jaroso y el Francés, atraviesan la cumbre normalmente, dan origen a collados y descienden por las faldas opuestas a sepultarse en el mar, tomando por este motivo su nombre el adjetivo *de Mar*. A derecha e izquierda de estos barrancos, en el mismo fondo, en la cumbre, por todas partes, casas blanqueadas, cortijos, castilletes y casas de máquinas con chimeneas coronadas en espirales de humo, dan a conocer el trabajo continuo que se está ejecutando en sus entrañas, y presta a la Sierra un aspecto curioso y agradable a la vez. Es la Sierra habitada, civilizada, por

decirlo así, frecuentada y recorrida diariamente y en todos sentidos por el trabajador, el ingeniero, el propietario; es una colonia, una gran cortijada construida en un terreno muy quebrado, cruzada en todos sentidos por infinidad de sendas y caminos que parecen a los lejos largas cintas que la adornan y convidan a visitarla.

Al cabo de hora y media de camino nuestro coche cruzó el río Almanzora, y, al cruzarlo, nuevos accidentes solicitaron nuestra atención, el camino de malo convirtiéndose en malísimo, nuestra marcha era a cada momento interrumpida por un largo cordón de carros que conducían mineral de hierro, y densas nubes de polvo nos impedían ver el motivo de aquella animación y tráfico. Preguntamos y supimos que aquello era Herrerías. Al otro lado del río se levantaba una un tajo casi vertical, de color rojizo, salpicado de trabajadores del mismo color que el terreno, del que se distinguían por sus movimientos, al pie un montón confuso de carros, burros y carretas, todo ello envuelto en nubes de polvo, y animado del ruido consiguiente y algún disparo que otro de barrenos, formando un curioso espectáculo para el que no ha visto nunca una explotación a cielo abierto. Aquello era la llamada *Roza de Huelén*, cabezo de hierro manganesífero trabajado con gran ventaja por dicho minero hasta hace poco, explotado hoy por la compañía de Águilas y por la mina *Virgen de las Huertas*.

Nada de particular presentan estas explotaciones si se exceptúa una nueva clase de trabajador, no conocido en ninguna otra parte y curioso resultado del principio de la división del trabajo. Nos referimos al *vuelista*. Este trabajador tiene a su cargo una misión importantísima y de todo punto descansada. Situase enfrente de los tajos de labor, con la vista fija en los movimientos del terreno en que trabajan los operarios. El mineral de hierro se halla recubierto de una capa de caliza y tierras que debieran desmontar, en vez de dejarse desmontarse *per se*. Al arrancar el mineral, el terreno socavado en su parte inferior se grieta amenazando ruina. Cuando éste es inminente, el vuelista se pone en pie y, con toda la fuerza de sus pulmones, grita ¡vuela! ¡vuela!; a estas voces los trabajadores huyen en todos los sentidos y el desplome se verifica con estrépito, pero sin accidentes desgraciados. Cuando el vuelista se sienta, los trabajadores vuelven tranquilos a su faena confiados en la pericia y en la vista de esta vigilante especial.

La compañía de Águilas tiene ya sus trabajos por debajo de la superficie, y para extraer el mineral hace uso de vagones, que son elevados en jaulas guiadas subidas por una locomóvil de ocho caballos, además de un pequeño plano inclinado.

UNIÓN DE TRES, ATREVIDA Y GUADALUPE

A unos quinientos metros de estos trabajos, en dirección a la Sierra y en relación muy directa tal vez con dicho macizo ferruginoso, se hallan las célebres *Unión de Tres, Atrevida y Guadalupe*, que explotan tierras muy argentíferas y encuentran, mejor dicho, encontraban abundantes ejemplares, masas algunas veces, de plata nativa. Este criadero no ha sido definido ni clasificado todavía; difícil de comprender, ha sido visitado con frecuencia, pero ignoramos haya sido estudiado con detenimiento. La mayor parte de esas minas confiadas a capataces inteligentes tal vez en el ramo del laboreo, pero extraños completamente a los rudimentos de las ciencias química y geológica, no han podido utilizar los datos que la diaria investigación del terreno suministra, necesarios para formarse idea clara de un criadero.

El aspecto exterior del terreno en nada indica la existencia de tal riqueza. Cantos rodados, aluviones cuaternarios y las margas pliocenas recubren el criadero, que se encuentra a poca profundidad: Nosotros lo

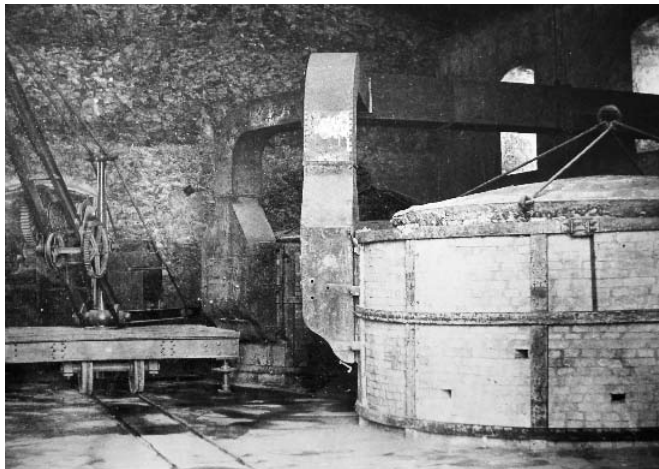


Visita de propietarios e ingenieros a las minas de Sierra Almagrera. (Reproducida del libro *Memoria visual del siglo XX (1901-2000)*, de E. Fernández Bolea y Juan Grima Cervantes, 2000).

visitamos en las concesiones *Unión de Tres y Atrevida*, sin podernos proporcionar un plano para formarnos idea de su extensión, dirección y distribución de riqueza, datos que creemos no se ha pretendido conocer nunca en dichas minas y que tan elementales y necesarios son para que el minero dirija con algún acierto sus trabajos. El criadero parece presentarse en forma de un manchón de poca extensión, y constituido por cuarzo, hierro, varita, pirita y tierras entremezcladas y hacinadas en forma de escombros. En la comunicación de las labores de la *Atrevida* con la *Unión de Tres* tuvimos ocasión de examinar la caja del criadero, formada por pizarras iguales a las de Sierra Almagrera, aunque algo más blandas y aún descompuestas en la parte más alta del criadero. Tal por esto, así como por la pequeña profundidad a que aparece el criadero, sea debida en parte la forma irregular que éste presenta, y que en realidad puede considerarse como un filón ensanchado en sus afloramientos, por más que en el contacto del criadero con la caja no se aperciben las salbandas comunes en los filones.

(...)

Los trabajos de la *Unión de Tres* se hallan hoy a los 85 metros de profundidad, sin poder bajar más a causa de las aguas, y lo mismo sucede en las colindantes *Atrevida, Iberia y Milagro de Guadalupe*, y aunque la primera tiene una máquina de desagüe de ocho caballos, con la que ha conseguido hasta ahora limpiar la mina, hoy no puede ya ni sostener el nivel del agua, por lo cual esperando cada una que la vecina desagüe, ninguna lo hace, ni siquiera llegan a un acuerdo para hacerlo entre todas. Como se vé, el espíritu de asocia-



Instalaciones mineras de Sierra Almagrera. (Reproducida del libro *Memoria fotográfica de Garrucha, 1838-1936*, J. A. Grima, 1999).

ción no se impone con mucha fuerza en este país, a pesar de tratarse de minas que han dado a sus propietarios pingües beneficios, y origen a fortunas y aún a títulos de nobleza.

PRODUCCION DE LAS MINAS

Difícil es dar una idea de la producción de estas minas. Las cuentas de las sociedades mineras, sus gastos, sus beneficios, son solamente conocidos de los accionistas, no ven la luz pública; pero aunque la vieran, nada podría deducirse de interés, salvo el dato de la producción, pues englobados con el solo objeto de deducir el beneficio o la pérdida en total, ni se clasifican gastos, ni es sentida la necesidad de deducir el costo de los diversos servicios.

Sábese que la *Unión de Tres*, en sus buenos tiempos, produjo de seis a ocho millones anuales, y que actualmente extrae aproximadamente 200 quintales diarios de mineral con ley variable de $\frac{1}{2}$ a 2 onzas de plata, que representan un valor anual de 50.000 duros. Respecto al personal, emplea 24 picadores, el personal necesario para la máquina, 30 operarios para el transporte interior y otros 14 para el exterior.

Explota también, como ya hemos dicho, este criadero la mina *Atrevida*, con una máquina de 8 caballos para la extracción, la *Iberia*, con otra máquina pequeña para una sola cuba, y *Milagro de Guadalupe*, donde actualmente la compañía de Águilas está montando jaulas guiadas para la extracción y desagüe. La mina *Santa Ana*, que tiene parados hace mucho tiempo sus trabajos, posee una hermosa máquina horizontal para

la extracción y desagüe, y un hermoso pozo maestro para todos los servicios de la explotación.

Terminamos nuestra excursión a Herrerías visitando la fundición *Atrevida*, que posee el Sr. Marqués de Almanzora, inmediatamente al lado de la mina del mismo nombre, y en el centro de un barrio obrero. Como todas las del país, funde el mineral en los hornos de viento forzado, de los llamados de Cartagena; la cuba es de ladrillos unidos con arcilla refractaria, y la caperuz que comunica con la galería general de condensación de humos está sostenida por columnas de hierro formando cuerpo aparte de la cuba. El número de hornos es de 17, nueve de ellos funden matas y los otros ocho, plomos. Las parvas se forman con minerales de Linares y Almería, ricos en plomo, mezclados con los de Sierra Almagrera, ricos en plata, y con las tierras argentíferas de Herrerías. La producción anual es de 50.000 quintales de plomo con $4 \frac{1}{2}$ onzas de plata, término medio. El consumo de cok es el 20 % del mineral empleado. Cuenta 150 operarios y cada horno está constantemente cuidado por dos maestros, un parvero y un escoriero. Los hornos tienen dos toberas y para inyectar el viento se valen de un ventilador movido por una máquina de vapor de fuerza de 20 caballos, de dos cilindros horizontales.

Del tiempo en que esta fábrica fue dirigida por D. Ricardo Urúburu, ingeniero del Cuerpo de Minas, se conservan, como medida acertada, una galería de hornos cuyo tragante se halla a la misma altura del piso por donde vienen los minerales y el carbón, evitando así la penosa operación de subir las cargas en espueñas por las escaleras, como se verifica en las demás fábricas.

Terminada nuestra visita proseguimos nuestro viaje a la Sierra Almagrera, en la cual entramos a los pocos momentos, después de atravesar la rambla de Mulería.

LA SIERRA

Entramos en ella por la boca de Mairena, donde empieza un ancho camino carretero, trazado y construido por D. Antonio de Falces allá por los años de 1856, camino hoy completamente destrozado por las recuas que bajan el mineral, testigo del abandono y desidia de las varias minas que a muy poca costa podrían tenerlo en buen estado y motivo de los justificados reproches que los mineros a su vez dirigen contra

la ciudad de Cuevas, que tan buena maña se da en abrumar a los mineros y vecinos de la Sierra con crecidos impuestos de consumos, sin que la más mínima parte de sus crecidos ingresos se invierta en atender a las necesidades de aquella comarca. Según los mineros, la Sierra es la gallina de los huevos de oro para Cuevas, y es de temer para ésta que la comparación sea exacta, si ciertos aires de independencia toman cuerpo con el tiempo y dan en imitar a la Unión, de Cartagena, que sacudió su tutela por análogos motivos.

El camino, transitable con alguna dificultad para coches, sube casi hasta la misma divisoria, la sigue en un gran trozo hasta el barranco Francés, baja por él y termina en la Venta del Caldero, final del barranco Pinalvo. Pocos caminos habrá sin duda tan pintorescos y curiosos como éste: atraviesa primero el Jaroso, inmenso anfiteatro salpicado de casas y cortijos que componen un verdadero pueblo, después el mercado, deja a su izquierda las célebres minas Observación, Carmen, Constanza, etc, sube por el túnel de Monserrat al collado de la Muerte, donde el viajero tiene ocasión de admirar un bellissimo paisaje. Al Este, el Mediterráneo en una gran extensión desde el cabo de Gata a Cartagena; en su costa, de trecho en trecho, Garrucha, Palomares, Villaricos, Águilas; en el horizonte, algún vapor y alguna que otra vela, al parecer inmóviles, cruzan sus azules y tranquilas aguas. Vuelta la vista a Poniente, el espectáculo, completamente distinto, sigue siendo grandioso: del llano en que surge Sierra Almagrera, nacen, en distintas direcciones, Sierra Cabrera, Sierra Filabres, serpenteando a sus pies el río Almanzora y, dominándolo todo, su Tetica de Bacares, Sierra Almagro y, enfrente, a su derecha, la provincia de Murcia con sus macizos montañosos cierra el horizonte.

Contados serán los viajeros que, al visitar la Sierra Almagrera y llegar a los collados de su cumbre, dejen de pararse a contemplar estos paisajes, llenos de luz y de colores. De vez en cuando el silbato de alguna máquina, el característico tac-tac de algún torno económico o el canto de algún minero recuerdan al viajero otros espectáculos, de bien distinta índole, dentro de las entrañas del suelo que está pisando.

Siguiendo el camino de la cumbre, llama enseguida la atención el diferente aspecto que presentan las dos vertientes. En tanto que las laderas y barrancos que bajan a sepultarse en el mar a corta distancia, se van despoblando, tristes, sin vida, sin animación alguna y tan sólo con alguno que otro cortijo abando-



Espectacular perspectiva de los hornos de calcinación instalados por la francesa Sociedad Minera de Almagrera. (Gentileza de E. Fernández Bolea).

nado; por el contrario, las vertientes del lado de tierra se hallan, como ya hemos dicho, adornadas con casas y cortijos formado verdaderos pueblos y, en algunos puntos, su superficie está salpicada de vaciaderos, testigos del inmenso trabajo subterráneo que allí se ha hecho. ¿Acaso las riquezas minerales llegan sólo a la divisoria? Sin que esto pueda asegurarse en absoluto, pues muchas minas con sus labores la han atravesado hasta las faldas del mar, siguiendo filones mineralizados y en tiempos atrás se han explotado minas bastante ricas en ese lado, es, sin embargo, muy cierto que hasta el presente la inmensa mayoría de la riqueza de Sierra Almagrera se ha encontrado en las faldas y barrancos que bajan a la rambla de Mulería.

EL DESAGÜE

El desagüe general de todas las minas de esta Sierra se ha verificado siempre y se verifica en la

actualidad por las máquinas y bombas establecidas con este objeto en los pozos de la mina *Constancia*, situada a la entrada del barranco Jaroso, hecho curioso y que se explica fácilmente teniendo en cuenta que la Sierra, constituida por pizarras silurianas, forma un macizo completamente impermeable, y que las aguas que en la Sierra existen recorren la red de una infinidad de filones ricos y estériles que se entrecruzan formando en su conjunto un sistema de canales. Claro es que, estando todos los filones en relación, basta trabajar en el desagüe de cualquiera de ellos para que el agua afluya a él y baje en los demás con tanta más rapidez cuanto menor sea su distancia y más expedita su comunicación. Para que esto sea posible, los filones no pueden ser completamente macizos, dejan huecos entre sus hastiales y el cuerpo del filón, que a veces llegan a ser de consideración y reciben entonces el nombre de *huecas* por los mineros del país. Por estas huecas y como testigo de las aguas madres que depositaron el mineral objeto hoy de beneficio, circula en la actualidad el agua que dificulta los trabajos, por su presencia y por la elevada temperatura que comunica a los tajos de labor.

Esta agua, que tiene una temperatura de 45 a 50° centígrados, es de composición variada, según resulta de los diferentes análisis que de ellas se han hecho. El más reciente que ha llegado a mi conocimiento ofrece las siguientes cifras:

Bicarbonato ferroso y cálcico	0,16 gr
Sulfato cálcico	0,740 gr
Sulfato magnésico.....	0,105 gr
Cloruro sódico	1,415 gr
Agua con indicios de materia orgánica y de sulfuro potásico	495,220 gr 497,220 gr

El agua se encuentra en la actualidad a unos 260 m. de profundidad en el pozo de bombas y las máquinas la elevan 83 metros hasta una galería de desagüe que vierte dichas aguas al mar.

Las minas, en virtud de contratos establecidos con la empresa desaguadora, pagan los beneficios que de ésta reciben, con el 10% de los minerales extraídos, exceptuando alguna mina como *La Encantada* que, a pesar de experimentar los beneficios del desagüe, como afirmó la Administración por medio de sus ingenieros, no ha pagado nada todavía, porque así lo creyeron

justo los tribunales que en ello entendieron. Triste resolución contra la que protestan las huellas que el agua ha dejado en las labores de dicha mina y triste recompensa a sociedades extranjeras, que con capitales grandes tratan de realizar lo que no pudieron llevar a cabo los nacionales.

Sería preciso escribir un libro para poder dar cuenta de la azarosa historia de las diversas sociedades desaguadoras de Sierra Almagrera. Prescindiendo de los obstáculos comunes a todo desagüe, aquí aumentados por la termalidad y mala calidad de las aguas, de la falta de agua pura para la generación del vapor, y prescindiendo del gran capital de instalación que esa empresa representa, efecto de sus numerosas transformaciones, es digno de reflexión que no haya sido nunca, ni lo sea hoy, un buen negocio industrial, verificándose el desagüe de toda la Sierra por una sola máquina de 300 caballos que eleva sus aguas 80 metros tan sólo. No habla esto muy bien en pro de la afamada riqueza de Almagrera, la cual, seguramente, hubiera sido siempre inexplorable, a no ser por la elevada ley en plata de sus filones.

LABOREO

Siendo éste el más ordenado de todos los centros mineros del distrito, deja mucho que desear todavía. Exceptuando algunas minas, en que la dirección técnica es un hecho y va íntimamente unida, como es natural, a la administrativa, dignas de visitarse y que honran a sus ingenieros directores, el resto de las minas que en Almagrera se trabajan causan desagradable impresión al visitante. Trancadas y malos pozos de escala dan acceso a las galerías que siguen el filón, de las cuales parten, caprichosamente distribuidas, otras trancadas para comunicar con los pisos inferiores. No se encuentran en las minas, ni aún dentro de una misma, regla alguna fija en la separación de los pisos y en varias verdaderamente no existen galerías de dirección. las galerías y labores, generalmente mezquinas, lo parecen más todavía, a causa del estéril que en ella se amontona y que no se saca al exterior, unas veces por los costoso del servicio de extracción y en otras minas que poseen medios poderosos para hacer este servicio, sólo se cuidan de contentar sus sociedades sacando todo el mineral posible.

Algunos defectos de los citados admiten, como disculpa, la marcha irregular del desagüe y la elevada

temperatura de las labores, que impiden poner en planta planes regulares de disfrute. El aspecto de minas bien trabajadas, que no faltan en la Sierra, nos induce a buscar otras causas más poderosas, más elevadas, del estado del laboreo en Sierra Almagrera.

La extremada subdivisión del terreno en reducidas concesiones y el sistema de arriendo a partido de dichas minas son, a nuestro juicio, los obstáculos que se han opuesto y se oponen en la actualidad a que empresas serias e inteligentes puedan implantar en Almagrera cuantos recursos y medios utiliza la industria minera moderna en otros países.

Esta creencia nuestra nace de los ejemplos que diariamente ocurren, de los obstáculos que se oponen al capital y a la inteligencia y nos explican perfectamente cómo mineros de clara inteligencia, de índole apta para acoger con facilidad toda innovación provechosa, nos presentan al lado de procedimientos ingeniosos dignos de elogio, prácticas detestables de una minería naciente. Esta contradicción aparente, sólo se explica por el reducido círculo en que tiene que desenvolverse sus aptitudes e intereses. Como muestra, citaremos un caso reciente, aunque sea alargar algo esta reseña.

Una sociedad que tiene en arriendo varias minas descubre un filón rico en una de ellas, por cuyo arriendo paga el 50% de los minerales que extrae. Lo explota en los límites de esa concesión, instalando para ellos una máquina de vapor y abriendo un pozo convenientemente dispuesto. El filón pasa a otra mina también en arriendo, pero en mejores condiciones, al 30% solamente. Pretende aprovechar la máquina y el pozo para hacer la extracción de los minerales de esta última; consigue para ello permiso de la sociedad propietaria de la primera mina y, en cambio, no lo ha podido obtener, a pesar de sus esfuerzos, de la segunda. Claramente salta a la vista que, aún suponiendo (y es mucho suponer) que empresas serias se prestasen a cierta clase de negocios, la única mina que en ellos pudiera sacar provecho es, precisamente, la que no quiere facilitar la explotación y opone dificultades, hijas tan sólo de criterio mezquino y de esa interesada y constante desconfianza entre minas y mineros vecinos. Con éstas y otras dificultades análogas tropiezan y tropezarán siempre todos los buenos propósitos de las empresas más animosas, mientras no comprenden por completo toda la propiedad de las minas que traten de explotar y

hagan desaparecer tanta mina liliputiense y tantos y tantos dueños más liliputienses todavía.

Efecto de esta subdivisión de la propiedad es el triste espectáculo que presentan pequeñas extensiones de la Sierra, acribilladas de un sin número de pozos, muchos de ellos profundos, cuando barrancos enteros tendrían suficiente con dos o tres para todas las necesidades de la explotación. Y si esto decimos de la superficie, puede calcularse lo que sucederá con las labores del interior, que de cada pozo parten.

Ha sido creencia arraigada entre los mineros de la Sierra (no nos referimos a los tiempos presentes) la uniformidad en la dirección de los filones y el suponer la riqueza de éstos a grandes profundidades; y de aquí la constante dirección E. O. de las traviesas de investigación y el empezarlas a grandes profundidades. La paralización del desagüe en estos últimos tiempos, obligando a los mineros a trabajar en la parte alta de los filones ha hecho descubrir mineralizaciones a cortas profundidades, haciendo ver así que los filones de Almagrera, como la generalidad de los filones, tiene distribuida su riqueza en fajas y columnas; ha enseñado a dirigir las labores de investigación en dirección conveniente; a atravesar con galerías de dirección las zonas más estériles del filón y no fiar sólo a la profundización de los pozos el éxito de las labores de investigación.

El servicio de extracción se hace de varios modos: el torno de brazo, el torno de caballería o económico y la máquina de vapor, son los medios empleados, cada uno según las profundidades. Algo sorprende, a primera vista, el empleo de estos medios a grandes profundidades y su económico resultado, al parecer contrario a las prácticas mineras de los demás países; pero un ligero estudio de las condiciones de la comarca, el precio del carbón, la economía de la mano de obra, la pequeña cantidad de mineral que hay que extraer y su valor, justifican que los límites de empleo de cada uno de estos medios sean bastantes mayores que los consignados en los libros de laboreo de minas.

Las máquinas de vapor generalmente empleadas son de un solo cilindro con expansión y condensación, de engranaje y bobinas, construidas según el modelo *Colson*, acreditado mecánico que ha sabido dar a sus máquinas la fuerza y solidez adecuadas a las necesidades de la extracción en las minas de Almagrera, a la vez que reducidas dimensiones para facilitar su transporte por los caminos de la Sierra.



Trabajadores de las minas de Serena (Bédar hacia 1900). (Reproducida de Juan Grima Cervantes, "Sociedad Cooperativa 'La Igualdad' de Bedar", *Axarquía*, 5 (2000).

Una práctica contraria a la prescrita por autores y constructores se observa en estas máquinas; y es que el empleo de un solo freno en el árbol de la máquina, pero en verdad el empleo de dos frenos o el de uno en el árbol de las bobinas, aconsejado en la previsión de la rotura de los dientes del engranaje, no parece ser grave defecto cuando hasta la fecha, y sin duda por la gran resistencia y esmerada construcción de estas máquinas, no han ocurrido graves accidentes en las muchas allí establecidas. Verdad es que el autor da un gran suplemento de resistencia a dichos engranes sobre los datos que arroja la teoría.

Otro tipo empleado, de fácil instalación y susceptible de varios usos, es la locomóvil que construye la *Societé Centrale de Patin*, tipo muy conocido y susceptible de aplicación a toda clase de industrias.

Los cables usados en la casi totalidad de las minas son planos y de abacá. Los metálicos no han dado buen resultado, efecto, sin duda, de la alteración que en ellos produce la atmósfera termal e impura que por los pozos sale de las labores subterráneas.

Como práctica ingeniosa merece citarse la disposición adoptada en estas minas para facilitar la ventilación en la apertura de nuevas labores. Consiste en dividir las, sea un pozo o galería, en dos partes por medio de un tabique de zarzos de caña revestidos de yeso. Este tabique avanza hasta unos dos metros o menos del frente de labor; por la parte más ancha de

las dos en que la divide el tabique penetra el aire relativamente fresco, saliendo por la parte más estrecha, que hace el oficio de chimenea, produciendo una corriente de aire que, a pasar por el cabo de la galería, permite al minero trabajar con cierto desahogo en medio de temperaturas muy elevadas. Este procedimiento es sencillo, eficaz, rápido, fácil de hacer en todas partes y económico, pues tan sólo cuesta 2,50 pts. el metro cuadrado.

EL MINERO

El minero de Almagrera es, sin disputa, el obrero más digno de alabanza que pueda conocerse: la intrepidez, buen natural, sobriedad, obediencia y honradez son las virtudes que en ellos se notan fácilmente. Su trabajo es penosísimo, entradas de 12 horas en labores que, por su temperatura, no permiten otro traje más que un pañuelo a guisa de hoja de parra y, a pesar de ellos, se les ve constantemente cubiertos de una capa de sudor que hace brillar su piel a la luz de los candiles y que acaba por encharcar el suelo que pisan, sin otro alivio a su constante trabajo que repetidos tragos de agua y el canto melancólico de alguna tonadilla del país.

Si penoso es su trabajo, su descanso lo parece también, pues su cama es una manta, y su vivienda, estrechísima cueva o choza, donde se reúnen varios mineros para dormir, acompañados de todas las miserias y plagas de la pobreza. Su alimentación, un café por la



Viviendas de obreros en la aldea de Herrerías, de Cuevas de Vera. (Gentileza de E. Fernández Bolea).

mañana, nombre que ellos dan a un caldo compuesto de agua tibia coloreada con pimentón y adornada con aceite, en donde mojan su ración de pan. Al medio día, un rancho de patatas, habichuelas o garbanzos, teñido igualmente de pimentón, y, a la tarde, otro café.

Para que no crea exagerado este menú, cuente el lector que por la manutención de un obrero se abonan al contratista de dos a tres reales, con los cuales gana él, después de pagar al cocinero, los alimentos, gastos de cocina y el agua que abunda en la condimentación y cuesta en Sierra Almagrera de 2 a 3 reales la carga.

Y como todas las cosas consisten en algo, sucede que, a pesar de la sobriedad de los naturales del país, esta nutrición incompleta debilita poco a poco al obrero, a expensas de su constitución se reparan parte de las pérdidas que el trabajo ocasiona, va consumiendo, por decirlo así, poco a poco su capital y acaban por morir viejos hombres de 30 años. Raro es el minero que en la Sierra se encuentra con los 40 años cumplidos.

Si esto es triste, todavía lo es más ver a los muchachos que trabajan generalmente en el arrastre interior. No es preciso ser tierno de corazón para entristecerse viendo cuadrillas de niños transportando todo el día o toda la noche, sobre sus desnudas espaldas, espuestas de mineral por penosísimas trancadas y perseguidos por la correa del capataz de gavia, cuando no corren lo necesario para limpiar pronto los escombros.

Creo que existe una ley promulgada para proteger la infancia; de desear sería que en Sierra Almagrera fuese verdad. Tal vez la minería se resentiría, que gracias a los niños se consiguen grandes economías en ciertos servicios, pero aunque esto sea cierto, industrias así planteadas, que viven de la esclavitud de la niñez, deben desaparecer en nombre de la humanidad, aparte que su desaparición, a mi juicio, antes sería un bien, pues contribuiría a destruir antiguas prácticas, a primera vista, ventajosas, pero en realidad funestas, como lo son los transportes interiores ejecutados por la gavia.

El servicio de bajada y subida de obreros se verifica por los mismos medios que la extracción, excepto la máquina, y no por razones de seguridad, sin duda alguna. Las trancadas, escalas, tornos de mano y tornos económicos son los medios empleados. Los dos primeros, los más seguros, son también los más penosos, teniendo en cuenta la gran profundidad de las minas y que el obrero en su entrada tiene que bajar dos veces y subir otras dos, si bien en algunas minas el rancho del medio día se sirve en el interior, lo que ahorra una subida y una bajada.

El descenso por torno, preferido por el obrero por más cómodo, es en cambio más peligroso, y muchas veces por apatía y descuido de ellos mismos. El minero pasa por la pierna el ojal que hay al extremo de una cuerda de cáñamo (¡de esparto algunas veces!) se sujeta a ella con una mano y, además, por siempre, con un cinturón,



Mineros cargando una vagoneta de mineral en La Unión hacia 1930. Fotografía de Santiago Martínez. (Reproducida del libro *Los orígenes del siglo minero en Murcia*, de M. Guillén, 2004).

con la otra mano coge el candil y baja pozos de 80 metros cantando y bromeando con el obrero que, en igual forma, sube por el otro extremo. El torno es de madera, prototipo de sencillez, sin una uña ni un piñón siquiera, como tienen los empleados en la elevación de materiales, para el caso de una rotura o salida de las cigüeñas. Es decir, que en todas partes se trata con más consideración un sillar o una dovela, que un ser humano.

No existe tampoco en estos pozos una cuerda o aviso para evitar un accidente, precaución sencillísima, pues aunque la voz se percibe generalmente desde la boca del pozo, no se oye bien cuando el obrero pasa ya de la mitad del mismo, y hay ocasiones en que es indispensable avisar con rapidez y claridad el alto o el cambio del movimiento.

Además del peligro de la rotura de la cuerda, peligro que a primera vista ocurre y tal vez menos grave, hay que temer como causas de accidentes desgraciados el enredarse las cuerdas, el deslizarse éstas sobre el torno, el engancharse en alguna grieta del pozo, la rotura de una cigüeña y la caída de alguna piedra o piedrecilla que se desprenda de las paredes. Todos estos peligros crecen, se multiplican, cuando la subida o bajada se verifica por tornos de caballería.

De sentir es que la policía minera no sea un hecho y por su falta se consienta en algunas minas este sistema de bajada. El minero, que necesita pasar las dos

piernas en dos ojales de la cuerda y además atarse sólidamente, se ve suspendido durante 15 o 20 minutos en pozos de 300 metros, expuesto a los anteriores peligros sin poder avisar, y fiado a la voluntad de una caballería que puede espantarse, precipitarse, no pararse a tiempo a la subida y poner al minero en grave riesgo.

Este trabajo y estos peligros son luego recompensados con jornales que varían de 6 a 9 ½ reales, de los que luego hay que descontar la comida, que ya se ha dicho que varía de 2 ½ a 3 reales.

PREPARACIÓN MECÁNICA DE LOS MINERALES

La falta de aguas en la Sierra es un obstáculo que se opone a que la limpia de los minerales sea todo lo esmerada y perfecta que fuera de desear. Redúcese a una minuciosa monda a martillo, sobre el suelo, en clases numerosas, desde primeras o quintas y hasta séptimas alguna vez, según su riqueza. Esta subdivisión del mineral, que trae consigo una costosa mano de obra, no nos parece muy bien fundada; antes al contrario, de observaciones y estudios hechos por ingenieros de este distrito resulta ilusorio y contraproducente muchas veces conseguir primeras ricas en plata y plomo a expensas de las clases inferiores.

El mineral pobre se clasifica y concentra en cribas inglesas, y los polvos son concentrados por *polve-*

ros que los compran a las minas y los enriquecen en *Round-buddles*, llamados rumbos por la gente del país. Este sistema de concentración, sobre todo el seguido para los polvos, ha sido objeto de estudios y tentativas para mejorarlo sin éxito satisfactorio hasta el presente, sin que esto quiera decir seguramente que el seguido en la actualidad pueda clasificarse de perfecto.

Bien quisiéramos, para terminar estos apuntes, dar la descripción de algunas minas célebres de la comarca, pero esto, alargando demasiado estos artículos, saldría fuera del cuadro que hemos querido trazar. La venida de capitales extranjeros, la dirección de las minas confiadas a inteligentes ingenieros españoles y extranjeros, han modificado y modificarán dentro del límite que la organización de la minería les permita, los servicios que constituyen la explotación racional y ordenada de las minas.

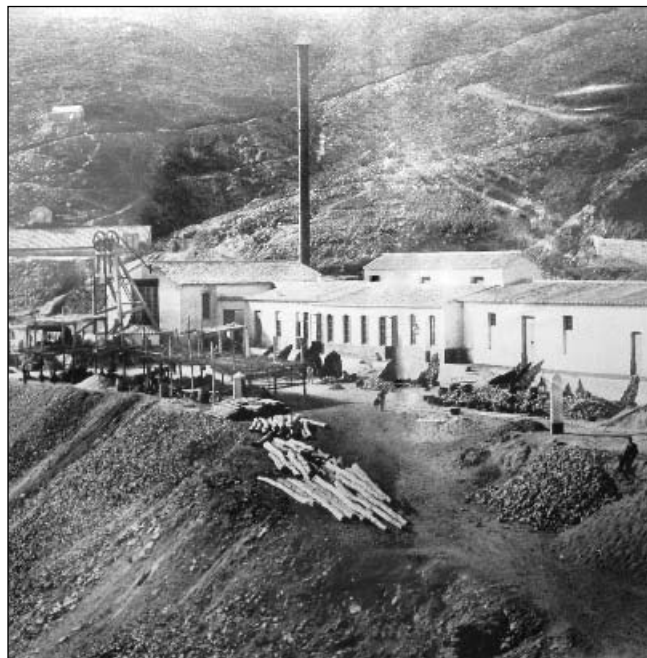
Como mina digna de visitarse, porque en ella se revelan los buenos resultados del predominio y unión de la dirección técnica con la administrativa, donde se ve un plan ordenado desde su origen y que la coloca a la cabeza de las minas de Sierra Almagrera, citaremos *La Guzmaná*, que explota un rico y potente filón muy regular y reconocido en una gran extensión. Esta mina honra a su director facultativo, D. Manuel Lacasa, reputado ingeniero cuyo nombre va íntimamente unido a la historia de Sierra Almagrera en sus últimos años, por sus numerosos trabajos, por los descubrimientos en ella realizados y por su importante gestión en la venida de empresas serias y poderosos con cuya cooperación es de esperar una nueva época de prosperidad para la minería de este distrito.

Para terminar, a continuación apuntamos los datos recogidos en nuestra visita a esta Sierra, que contribuirán a formar juicio más exacto de ella.

ESTADÍSTICA

Desagüe. 2 máquinas doble efecto, de rotación, con expansión y condensación, de 300 caballos y 150 respectivamente de fuerza máxima, que marchan dando de 8 a 13 pulsaciones por minuto, elevando en cada una 363 litros la primera y 244 la segunda, y con corridas de 1,50 m y 1,20 m en los pistones de las bombas. Ordinariamente marcha una sola máquina, o sea, la mayor que tiene el número 2 y es la más moderna.

En el pozo *San Juan*, del barranco Francés, se está trabajando con mucha actividad en el recorte del pozo



Mina "La Guzmaná" en Sierra Almagrera. Foto de J. Rodrigo, 1874-1884. (Reproducida del catálogo *El Siglo Minero*, IEA, 1991).

de instalación de una nueva máquina de desagüe de 200 caballos del sistema Kley.

La alimentación de las calderas se hace con el agua de la condensación, más un 5% de agua del mar, que llega por el socavón, para reparar las pérdidas y para cuyo servicio se emplea una locomóvil de 10 caballos. La mala calidad de las aguas que producen las labores y la carestía de las ordinarias (2 reales la carga) han obligado a establecer este sistema para la alimentación.

Personal. 1 jefe y 50 operarios distribuidos en los diversos servicios y talleres.

La máquina mayor empezó a marchar el 24 de agosto de 1881, en cuya época había 49 metros de agua en el pozo de bombas; a primeros de 1883 restaban de 6 a 7 metros en el mismo, habiendo ocurrido entres estas dos fechas varios accidentes y paradas.

Minas. A mediados del año próximo pasado estaban en trabajos 83 minas en la Sierra y 5 en Herrerías. El personal empleado en dichas minas es como sigue: 7 ingenieros, 20 administradores, 89 capataces, 26 maquinistas, 823 picadores (barreneros), 611 gavias (dedicados al transporte), 233 torneros, 525 limpiadores (de mineral), 51 amainadores y enganchadores; el resto, hasta 2.460 operarios, lo componen guardas, muleros, cocineros, pedriceros, etc.

Estos datos harán reflexionar seguramente a nuestros lectores sobre lo imperfecto y costoso de ciertos servicios; en ellos descansan algunas de nuestras anteriores reflexiones.

Aparatos de extracción. 1 malacate parado, 28 tornos económicos parados y 24 en marcha, 1 máquina de 3 caballos de fuerza máxima, 2 de 4, 5 de 6, 15 de 8, 5 de 10, 3 de 12, 1 de 14, 3 de 15 y 1 de 30. Total, 36 máquinas con 343 caballos de fuerza. De éstas, 27 están en movimiento y 9 paradas a causa del agua.

Accidentes. Para socorrer a los heridos en los trabajos existe en Cuevas un hospital a donde son conducidos los que pueden llegar a dicha ciudad, o los que lo desean por tener allí sus familias. Los heridos graves son auxiliados en un pequeño hospital de la Sierra a cargo de las Hermanitas de los Pobres, a cuyo frente se halla un médico. Ambos establecimientos están sostenidos por los mineros, a cuyo efecto pagan una peseta por varada, o sea, 3 pts anuales.

A continuación los datos recogidos en el libro de entradas de éste último, teniendo en cuenta que en él no se registran los numerosos accidentes de poca importancia que allí se curan diariamente

Años	Ingresados	Curados	Fallecidos
1879	248	241	7
1880	233	229	4
1881	255	247	8
1882 (hasta Junio)	147	145	2
	883	862	21

ÚLTIMAS NOTICIAS

Con posterioridad a los anteriores apuntes, en una corta visita hecha a la Sierra, he tenido ocasión de observar los numerosos trabajos que en ella está llevando a cabo la Compañía de Águilas. Dueña esta empresa de un gran número de minas, confiada a la activa e inteligente dirección de nuestro querido amigo D. Federico Kuntz, ingeniero del Cuerpo Nacional de Minas, prepara y desenvuelve con actividad un gran número de trabajados.

Cómodos caminos en sustitución de penosísimas veredas, la instalación de máquinas de extracción, hermosas casas para residencia de ingenieros, capataces y trabajadores, reparación en las minas de los desperfec-



Hospital y Asilo de la Caridad de Cuevas del Almanzora. (Reproducida del libro *Memoria visual del s. XX. La tarjeta postal ilustrada de Cuevas del Almanzora*, de E. Fernández Bolea y J.A. Grima, 2000).

tos causados por la paralización del desagüe, trabajos de investigación y preparación y una inteligente y ordenada administración, son los trabajos hasta ahora realizados.

Una red de ferrocarriles enlazando a Bédar con Garrucha, Palomares, la Sierra y Águilas, una red telefónica entre los mismos puntos, la instalación de una nueva máquina de desagüe para llevar a cabo este servicio de una manera regular y segura, son proyectos que se realizarán a la mayor brevedad; con lo cual, especialmente con el último, esta Compañía obtendrá merecida recompensa a sus grandes trabajos y cuantiosos desembolsos, las demás minas darán gran actividad a sus explotaciones y Sierra Almagrera recobrará la vida y animación de sus mejores épocas.

La producción de Sierra Almagrera ha sido de 36.000 quintales castellanos en la 1ª varada y de 115.000 en la 3ª. Nos faltan datos exactos de la 2ª varada, que podremos evaluar aproximadamente en 44.000 quintales, lo que hace un total de 185.000 quintales castellanos.

(...)

Almería, 25 de febrero de 1883.

1884

Antonio TORRES Y HOYOS



Torres y Hoyos se desplazó a los Vélez enviado por el Gobernador Civil de Almería para revisar las cuentas municipales de los ayuntamientos de Vélez Rubio, Vélez Blanco y Chirivel. Sus impresiones, con el título “Vélez Rubio, recuerdos de un viaje” fueron publicadas en la *Revista de Almería* (IV, 7-VII-1884); inmediatamente en *El Guadalentín* (nº 48 y 49, 25-VII y 3-VIII-1884); después en *La Idea* (nº 8 y 9, 26-X y 2-XI-1890); finalmente fue reproducido en *Revista Vélezana*, nº 5, 1986, p. 123-128.

Antonio Torres, de quien bien poco conocemos, nos ofrece un relato interesante, variopinto, por la cantidad de temas que retrata y muy completo para conocer la notable y pujante población a finales del siglo XIX. Dedicar varios párrafos a comentar el penoso estado de las carreteras, la situación del ornato público y la enseñanza local, el carácter de los vecinos, el clima de efervescencia política del municipio y la importancia de sus fuerzas productivas (principalmente las harinas y caldos velezanos) que, si dispusieran de las comunicaciones adecuadas podrían competir en el mercado nacional. En conjunto, un trabajo panorámico muy completo, variado y, por la información que nos suministra, bastante objetivo y aproximado a la realidad cotidiana del bullicioso municipio norteño.

VÉLEZ RUBIO, RECUERDOS DE UN VIAJE

El viajero que desde la capital se dirige a Vélez Rubio bien puede prepararse a sufrir con resignación las penas y fatigas de un camino de treinta leguas, en que muy pronto se olvidan las relativas comodidades de la carretera al tomar la ruta por ramblas y cuestas infernales que ponen a los viandantes en grave peligro de muerte.

Desde Almería al Puerto Lumbreras el viaje es regular; tan luego como se pasa el río Almanzora

que, en épocas de avenidas, hay que vadearlo a hombros de robustos campesinos porque el magnífico puente en construcción ni se ha terminado ni lleva visos de que lo veamos concluido los mortales, y cuenta que sólo falta colocar la parte metálica, porque la obra de mampostería está hace tiempo hecha. Y dicho sea así de pasada, es una vergüenza ese abandono que, por una parte, compromete a los viajeros y, por otra, deja en la más completa incomunicación a una capital de provincia siempre que las lluvias alimentan el anchuroso cauce del Almanzora y le hacen crecer, impidiendo el paso de una a otra margen.



Construcción del puente sobre la rambla de Purías, a la salida de Huércal Overa hacia Almería. Foto de J. Rodrigo, 1874-1884. (Reproducida del catálogo *El Siglo Minero*, IEA, 1991).



La conocida Carrera del Mercado, del Convento o de San Francisco, en Vélez Rubio, a comienzos del s. XX; el lugar de paseo más frecuentado durante gran parte del año.

Desde el Puerto Lumbreras (provincia de Murcia) para Vélez Rubio hay que atravesar la rambla de Nogalte y subir la cuesta de los Casarejos, hasta que se llega a la venta de este nombre y ya se entra en la carretera; pero en todo el trayecto indicado el paso es tan difícil y pesado que se destrozan las caballerías y se acaba la paciencia, no siendo extraño que en ocho o diez días sea imposible el atravesar la rambla, porque las aguas pluviales le hacen tomar proporciones alarmantes y no hay medio hábil de caminar por ella.

Ir a Vélez Rubio por Huércal Overa es difícilísimo porque no hay camino habilitado, y la senda que proporciona el lecho del barranco de Rosas sólo es franqueable en tiempos de escasez de aguas.

Se ve, pues, que Vélez Rubio goza de unas comunicaciones poco envidiables y fuera conveniente, o mejor dicho, es necesario mejorarlas terminando el trozo de carretera de Almería a Granada desde la cuesta de los Casarejos al Puerto, y haciendo otra a Huércal-Overa, que ya está estudiada y que haría más fáciles las relaciones de esa importante villa de la provincia a que pertenece.

Lo mismo decimos del servicio de correos y del de telégrafos. El primero se hace por Lorca, con lo que tarda tres fechas y debería hacerse por peatones desde Huércal Overa, suprimiendo el de la Fuentesanta que sólo debía existir en épocas de baños.

En las comunicaciones se debe procurar que sean expeditas para la capital de la provincia y para Madrid;

y ni lo uno ni lo otro sucede en Vélez Rubio; así se advierte que la estación telegráfica (de servicio limitado y dependiente de Murcia) sólo puede comunicar con Almería por Guadix y, en casos extremos de absoluta necesidad, por Lorca. Ocurre, por tanto, que, siendo la última estación, Baza y Guadix despachan primero sus partes y quedan los Vélez para cuando hay lugar. Todo esto desaparecería si se tendiese un hilo desde Vélez a Huércal Overa y, desde aquí, a Vera, y así el servicio sería directo, fácil y cómodo.

VÉLEZ RUBIO

La situación de Vélez Rubio no puede ser más encantadora: álzanse sus edificios sobre un terreno elevado y rodéale una vega preciosísima, cuya extensión es bastante considerable y en la que se ven multitud de árboles frutales y sembrados de todas clases.

La población deja mucho que desear en materias de ornato público y policía urbana; pero su aspecto no desagrade y gusta mucho la limpieza interior de sus edificios que, en general, son antiguos y de dos pisos. Nótase, sin embargo, que se trata de mejorar la construcción, pues hay algunas casas modernas que obedecen a mejores reglas arquitectónicas y que llaman la atención por el contraste que forman con las anteriores.

No hay otro paseo que la plaza de la Iglesia o de la Constitución, pues no merecen aquel nombre ni la carretera de Murcia, ni las veredas que cruzan la vega por todas partes; y, sin embargo, carretera y veredas

son los sitios preferidos para pasear, porque desde ellos se goza de perspectivas bellísimas.

La era de San Nicolás pudiera y debiera convertirse en una espaciosa glorieta por ser un sitio muy a propósito y ventilado, que costaría bien poca cosa transformarla en paseo cómodo y elegante, aunque sin pretensiones. Esta era tiene recuerdos poco agradables, porque alrededor de ella se quiso hacer algo parecido a un camino y lo que se ha conseguido es destruir el que existía por debajo de ella, perjudicando las propiedades inmediatas.

Merece especial atención la iglesia Parroquial que, sin ser un monumento arquitectónico, es, a no dudarlo, la mejor de la provincia. Su planta es de cruz latina, consta de tres espaciosas naves y en el crucero voltea una bonita cúpula, cuyo estado exterior de conservación no es el mejor. Sobre los arranques de los cuatro arcos del crucero se ven de alto relieve los evangelistas, que se ha tenido el mal gusto de pintarlos con colores tan chillones que desagradan al mirarlos. Lo mismo puede decirse de todo el templo en que predominan los colores verde y azul que le dan un aspecto poco serio e impropio de la Casa de Dios. Abundan los desdichados adornos churriguerescos; y el retablo del altar mayor, que es de madera tallada, no carece de mérito, pero está muy recargado. La portada tiene dos esbeltas torres gemelas y, sobre ella, aparece el escudo de la casa de Medina Sidonia y los Vélez, y en el atrio, un medallón de relieve que representa el misterio de la Encarnación, a la que está dedicada la iglesia. Ésta es de piedra y ladrillo y se construyó a fines del siglo pasado.

Hay, además, dos ermitas y un convento de monjas que fue en lo antiguo de frailes.

El cementerio es de recientísima fecha y se ha construido cerca de la Puerta de Lorca, a la derecha de la carretera de Murcia según se sube para la villa. Sobre su construcción en aquel sitio se han librado grandes batallas, porque desgraciadamente en estas cosas juega más la pasión política que la conveniencia local; y gracias a que personas honradas tomaron cartas en el asunto porque, de lo contrario, aún serían conducidos los cadáveres al antiguo cementerio que no reúne condiciones de tal y era una amenaza constante para la población.

Predomina en Vélez Rubio el sentimiento católico sin beaterios ni exageraciones.

El trato de las gentes es muy escogido, distinguiéndose por ser muy hospitalarios para los forasteros. Consérvase allí tipos de hidalgúa que recuerdan los mejores tiempos de nuestra nobleza, seres de esos para quienes un apretón de manos es prenda de eterna amistad; que por nada ni por nadie han manchado sus labios con una mentira, y que van derechos a su fin sin doblegarse ante la amenaza ni pararse ante la persecución.

Hay tres casinos en Vélez Rubio y, dicho sea de paso, en dos de ellos se toma un café riquísimo que nada tiene que envidiar al de las mejores fondas de la Corte. De ordinario están poco concurridos y no se juega en ellos más que al dominó, tresillo y *pichona*; pero, por la época de feria, dicese que también suelen alternar con estos juegos otros prohibidos que a muchos dejan arruinados.

La pasión política va tomando carta de naturaleza en Vélez Rubio y los opuestos bandos se destrozan cordialísimamente. Resultado de esto es que la administración municipal se encuentra en un estado muy malo, con déficit considerable y con ingresos hartos reducidos para que aquél pueda enjugarse.

La instrucción pública se halla en mejor estado que en otros pueblos, no ya sólo por las escuelas oficiales, sino por algunos establecimientos particulares que difunden los conocimientos humanos y hacen cuanto pueden por facilitar la enseñanza a todas las clases sociales.

Merece citarse el Colegio de 1ª y 2ª enseñanza de la Purísima Concepción, dirigido por D. Florián Ruiz Torrecillas, e incorporado al Instituto Provincial de Almería, que cuenta con muchos alumnos y con un respetable claustro de catedráticos y no escaso material científico. Recientemente creado este Colegio, está subvencionado por la Diputación y el Ayuntamiento, y todos ponen gran interés en su conservación por las ventajas que a los padres reporta, no teniendo que mandar a sus hijos a puntos lejanos, donde siempre son mayores los gastos y las molestias, al propio tiempo que los peligros para los jóvenes escolares.

En Vélez Rubio casi todas las personas pudientes ostentan un título profesional o académico, lo cual indica que allí se tiene especial cuidado por la instrucción, siquiera sea de lamentar que no haya algún círculo o ateneo científico y que ni los mismos abogados



Carros, pasajeros, mozos y comerciantes posan en la estación de carga y descarga en el Fau-lón, de Vélez Rubio, hacia finales del s. XIX.

(pasando de treinta) no hayan constituido colegio ni una academia en que refrescarse los conocimientos adquiridos en las aulas. Verdad es que, por lo que a los abogados respecta, son pocos los que ejercen la profesión y menos aún los pleitos que se sustancian.

La agricultura en la parte de riego es floreciente; en los secanos no lo es tanto. Las producciones principales las constituyen los granos, vinos y aceites, frutas de todas clases y legumbres.

La vega, que es muy bella y toda de riego, exige un cultivo esmeradísimo y frecuentes abonos, porque sobre ser muy frías sus tierras, el agua que las beneficia es finísima, como de sierra.

Proceden estas aguas de la Sierra del *Marimón* o *Maimón*, en término de Vélez Blanco, que las aprovecha de por mitad con Vélez Rubio, después de costosos pleitos seguidos entre ambos pueblos. El nacimiento de ellas es digno de verse: debajo de la montaña existe una cueva natural de donde brotan dos hermosos manantiales que, a pocos metros más abajo, aumentan el caudal con las aguas de la fuente del Negro.

Para que pueda calcularse el volumen de estas aguas —y no sabiendo nosotros precisarle en metros cúbicos o litros por segundo— bastará decir que benefician más de 9.000 fanegas de tierra entre las de Vélez Rubio y Vélez Blanco, dando movimiento a unos veinte molinos harineros que en su mayor parte son fábricas soberbias donde se encuentran todos los adelantos de la industria moderna.

La harinera puede decirse que es la más importante de Vélez Rubio, y lo demuestran los molinos citados que bien pueden llevar al mercado diariamente 2.000 sacas de harina de 100 kilogramos. La fábrica de S. José, de los señores Arredondo y Díaz, es la más acabada y perfeccionada, y en la cual, después de haberse ensayado sin éxito las turbinas, se ha instalado una magnífica rueda de 17 metros de diámetro que con poquísima cantidad de agua mueve todo el complicado artefacto de la fábrica.

También la fábrica de *El Fénix* y la de hilados y tejidos de la *Encarnación* son de mérito y de grandes productos, que podrían ofrecerlos mayores si el arrastre no fuera tan difícil y pudiera llevarse a todos los mercados para promover la competencia.

El comercio se resiente de la misma falta de vías de comunicación, y por eso los renombrados mercados que se celebran los sábados en Vélez Rubio van perdiendo mucha de su antigua importancia.

Pero, si esas vías se mejoraran, Vélez Rubio podría sostener la competencia en las harinas aún con las de Santander, en los vinos con los de Valdepeñas y Jaén y en granos con las mejores zonas productoras.

Conviene, pues, no olvidarse de este rincón de la provincia y hacer por él como por toda ella algo útil y positivo que permita desarrollar las fuentes de su riqueza y salir de la postración en que desgraciadamente yace.

1884

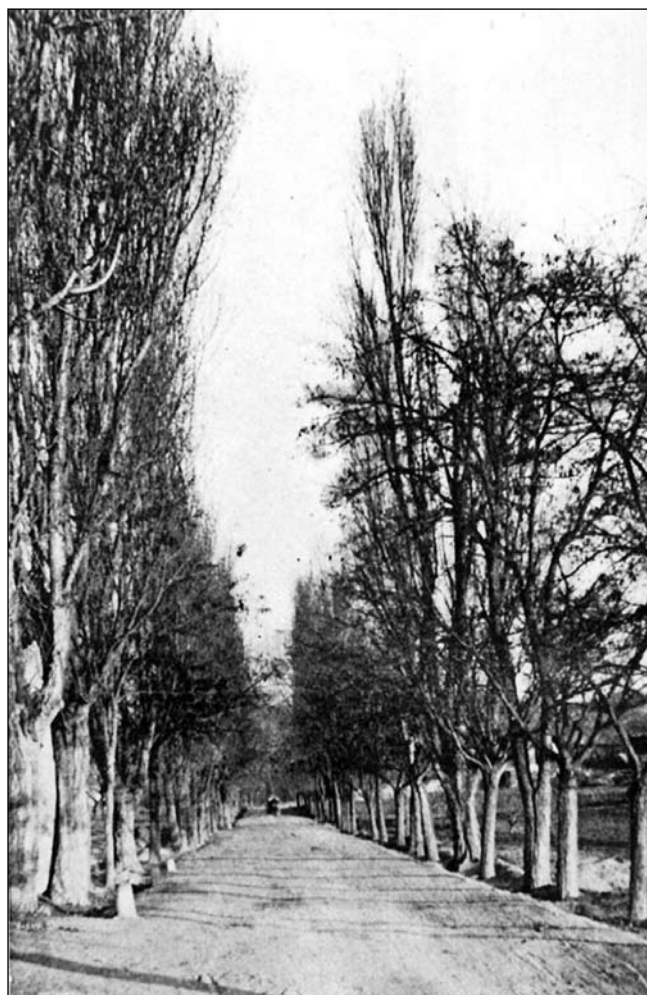
F. H. DEVERELL



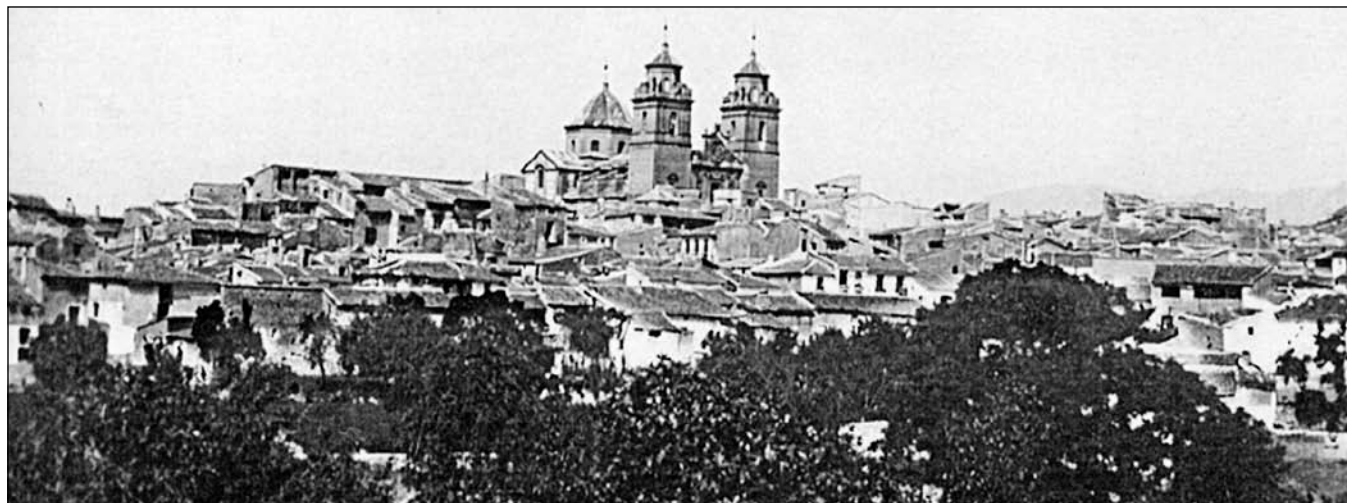
Viajero inglés del siglo XIX del que se conocen pocos datos. Según García Romeral, realizó varios viajes a España, uno en 1878 y otro en 1883, encontrando cambios significativos sobre todo en el progreso de la agricultura.

Entra en España por Gerona y se dirige directamente a Valencia donde tenía especial interés por conocer el Tribunal de las Aguas. A la provincial de Almería llega desde Lorca y recorre la rambla de Nogalte cuyo paisaje le llama mucho la atención, Vélez Rubio y Chirivel a su paso hacia Granada. EL texto se ha traducido de la obra *All round Spain by road and rail with a short account of a visit to Andorra*. London, Sampson Low, Marston, Searle & Rivington, 1884; p. 108-118.

El viaje, campo a través, con zonas intransitables, entre sierras inhóspitas y sobre llanuras desérticas, despertaba mi curiosidad. Marchamos a través de una zona escasamente poblada, donde había pocos pueblos y aldeas. Tras algunas horas, llegamos al paso montañoso llamado Puerto Lumbreras, y aquí nos adentramos en la rambla de Nogalte, que en estas fechas está completamente seca, formando un valle ancho, profundo y arenoso, con colinas a ambos lados, en las cuales vi numerosas cuevas que se usan como viviendas. Siempre había querido recorrer el lecho de unos de estos torrentes secos de montaña o *wadies*; había leído sobre ellos, y había visto lechos secos, pero nunca había recorrido uno: ahora estaba justo en uno, y me alegré de estar allí. Todo le llega a quien tiene tiempo para esperar: desde luego, es chocante que trabajando, esperando y confiando logremos al final los deseos de nuestros corazones. Estaba satisfecho, tanto por el aspecto poético como por recordar a los traidores arroyos con los que Job comparó a sus inconstantes amigos, esos riachuelos que desaparecían, desconcertando a las tropas de Tema y las compañías de Sheba. Seguimos a lo largo del lecho durante un buen rato: la mayor parte del recorrido la hicimos a pie, caminando con dificultad por la arena; al final subimos la colina por la que salimos del valle, en dirección a Vélez Rubio. Más allá, nos cruzamos con una caravana de prisioneros, que caminaban por la carretera general: eran trasladados a otro lugar bajo la vigilancia de guardias civiles; fue algo desagradable a la vista.



El paseo de San Nicolás, coincidente con la carretera Murcia-Granada trazada en las últimas décadas del s. XIX, en las inmediaciones de Vélez-Rubio.



Vista general del casco urbano de Vélez Rubio desde el Cabecico.

VÉLEZ RUBIO

Poco antes de llegar a Vélez Rubio, pasamos de Murcia a la moderna provincia de Almería, antes perteneciente a la provincia de Granada. Llegamos a Vélez Rubio a cosa así de las doce y media, y ahí nos detuvimos dos o tres horas. Vélez Rubio, con sus casas blancas, se encuentra situada en terreno elevado, expuesta al cegador sol ardiente: dicen que cuenta con trece mil habitantes, pero es un lugar pobre, más un pueblo grande que una ciudad: la densidad de población debe ser alta, como parece ocurrir en muchas partes de España, aunque sea un país grande con relativamente pocos habitantes. Hay una posada miserable, con espacio de sobra para caballos y bueyes, y provisiones para los mozos, pero nada de alimento o alojamiento digno para turistas. Había esperado cosas mejores, a pesar de mi guía, y quedé decepcionado, pues me había levantado temprano, sin desayunar, y solamente había comido unas migajas que llevaba conmigo; ahora hacía mucho calor y estaba desfallecido. La dueña, o la que parecía serlo, era una mujer con mucho pecho y de buena planta, bien vestida, y con un aspecto alegre con su falda o *saya* amarilla, con una franja estrecha de color rojo cerca del borde. En la casa, una señora mayor estaba sentada en la mesa con un gran cuenco ante sí, que contenía algún tipo de guiso, y comía del cuenco con una cuchara; me ofreció; aunque estaba desfallecido, decliné la invitación; habría tenido que estar en una situación como aquella en la que Esaú creía encontrarse, al borde de la muerte, para haberle pedido a Jacob un poco de sus lentejas. No obstante, creo que las lentejas de Jacob

no habrían estado nada mal. Esaú lo sabía; creo que si Esaú hubiera entrado en la habitación donde yo me encontraba, no habría tenido ganas de comerlo: en cualquier caso, creo que esta anécdota de la historia de Esaú es un reflejo más fiel de su carácter que de su estado físico. Podemos afirmar que su cuerpo habría aguantado un poco más; fue su alma disciplina y carente de fe la que cedió. De todos los argumentos irracionales e ilógicos, difícilmente puede haber uno menos irracional e ilógico, y estúpido, que el de Esaú. Después hablé con esta señora, que estaba tejiendo en la puerta; aunque en tiempos remotos la podrían haber quemado por bruja (era vieja y además pequeña), tenía un aspecto decente, hablaba con sensatez y una voz agradable; todavía recuerdo sus palabras y su tono de voz. Cuando entré a la casa la primera vez, pedí comida de inmediato; quería comer algo y luego echar un vistazo, me dijeron que podía comer algo. Pedí leche, pero no tenían; mandaron traerla, pero no la encontraron. Esperé un rato largo, pero no aparecía nada, así que me fui a dar un vistazo por el pueblo, con la esperanza de comer algo ahí, pero no ví ningún sitio al efecto. Volví; tuve una feliz idea – pan y cebolla. Me gustan mucho las cebollas. Así que, al llegar a la casa, pregunté si tenían cebollas, a lo que contestaron que sí. Me pusieron una mesa pequeña y una silla, y me senté. Media docena de trabajadores de aspecto rudo estaban sentados a la mesa, sobre la que había un cuenco grande con algún tipo de rancho: cada hombre comía del cuenco con una cuchara. Todos comían con parsimonia, pero a ritmo regular, sin prisa por comer más que los demás: parecían entrenados para comer juntos. Había algo patéticamente satisfactorio en ver a



Interior de una taberna y posada española en la segunda mitad del s. XIX.

estos rudos hijos del trabajo compartiendo su comida frugal, con una disciplina estricta aceptada por todos, con un genuino sentido del respeto. Nunca he visto en mi vida una comida en la que quedara tan de manifiesto unos modales de verdadera caballerosidad como en esta mesa. Aún así, debo decir que no me habría gustado compartir mesa con ellos; ni tampoco tú, mi lector, seas quien seas. Por un lado, sería deseable que los hombres de esta naturaleza subieran en la escala social; por otro, casi se teme a un proceso así, especialmente si es rápido: sería posible que su naturaleza se degradara. Puedes argüir que esto no es razón suficiente para no mejorar las condiciones materiales de estos hombres, en la medida de lo posible. Esto es cierto: deseamos ver que otras personas mejoren, aunque uno mismo no mejore. Estos hombres terminaron la comida con unas cuantas vainas verdes de algún tipo de judía. Me imagino que era su primera comida del día. En Inglaterra, un trabajador del campo ya habría comido tres veces a estas alturas del día.

Para cuando entré, mi compañía ya había comido: me ofrecieron varias veces comer algo cuya naturaleza desconocía; decliné las invitaciones; creo que me consideraban raro; me imagino que consideraban la comida objeto de la invitación como muy buena. En mi pequeña mesa, yo solo, comí el pan y las cebollas, con un vaso de vino barato. También probé un poco de ajo crudo, por una vez, para probarlo: no me fue agradable al paladar. Supongo que los de mí alrededor

pensarían que mi comida era muy rara para un viajero. Asimismo, me considerarían frío y orgulloso, y desde luego no creerían tener nada en común conmigo. Hablé un poco, pero no tanto como en otros sitios. Me sentía cansado y no de buen humor. Una buena comida habría hecho que todo fuera distinto. Aún así, me gustó mi comida, y me ayudó a proseguir el camino. Pagué cinco francos por mí y mi acompañante; pero muy poco de los cinco francos los gasté yo.

VERTIENTES

Proseguimos el camino en la calurosa tarde. Mi cochero me había propuesto pasar la noche en Chirivel, un pueblo pobre de unos mil seiscientos habitantes, pero siguió algo más adelante, a un pueblo llamado Vertientes, y llegamos a las siete y media de la tarde. Era casi de noche. El alojamiento era un sitio pobre, una mera venta, ni mucho menos una posada: era, como es frecuente en España, una combinación de casa y establo. Entramos directamente al edificio, pasando dos puertas grandes abiertas. El carro se dejó en el espacio interior, y los caballos fueron conducidos a los establos que había unos metros más allá, a la derecha. A la izquierda, entrando en la casa, había un pozo, de donde daban de beber a los caballos. Un poco más allá, había dos dormitorios sin luz, y más allá una puerta que conducía a una pequeña explanada exterior. A la derecha, en una habitación más amplia, había una chimenea grande con el fuego encendido



Itinerario levantado entre Granada y las tierras murcianas a su paso por los Vélez.

y con utensilios de cocina a los lados, y en una pared lateral subían unas escaleras a una habitación o buhardilla; más hacia delante, el lugar se estrechaba en un pasillo, que llevaba a los establos de los que ya he hablado. Me alegré de poder calentarme delante del fuego. Pregunté a alguien si había leche: me habría conformado con un buen tazón de leche y pan, pero no pudo ser. En gran parte de la sedienta España, donde las praderas y pastos verdes son casi desconocidos, la leche no es parte normal de la dieta, ya que las vacas son muy escasas, y las cabras no son abundantes en absoluto. Fiel al viejo estilo español, nadie vino a recibirme, a organizarlo todo, o a preguntar lo que quería. Esperé, di unos pasos afuera, miré en el establo, ví a mi cochero con su gran cuchillo cortando parte de la comida verde que había comprado prudentemente para los caballos, y que el mozo llevó al establo, pero nadie se fijó en mí. Unas cuantas personas, incluido el cochero, se sentaron alrededor del fuego, y me senté con ellos, sin sentirme muy alegre, ya que había recorrido un largo camino, había comido poco, y la perspectiva para la noche era incierta. Las cosas siguieron así durante dos horas o más; entonces me llamaron. La dueña era una viuda (parece haber muchas viudas al cargo de posadas en España; a lo mejor hay un misterio aquí). Tenía una casa pequeña en el pueblo, una tienda, que estaba vacía. Me propuso pasar allí la noche. Fuimos la dueña, el cochero y yo, y ahí me ofrecieron una cama improvisada en el suelo de la habitación delantera, en la planta de abajo. Me preguntaron si quería que encendieran la chimenea, a lo que por supuesto dije que no. También me ofrecieron cenar, a lo que también me negué, porque aunque estaba cansado y débil, no me apetecía comer cualquier cosa que me pusieran por delante. No estaba agotado todavía, y es mal asunto que un hombre que haya estado bien alimentado antes, y tiene perspectivas de comer bien otra vez, no pueda aguantar un día. ¡Qué curioso! Una

comida a las diez o doce de la noche, cuando hay que levantarse a las cinco de la mañana. Pero así es entre los pobres de muchas regiones de España: ha menudo he observado que hay dos comidas al día, una entre la una y las dos de la tarde, y otra a entre las ocho y diez de la noche. Así fue en este caso, y mi cochero estaba sorprendido de que no cenara, especialmente después de un almuerzo tan frugal. Pronto me quedé solo. Hice un repaso mental de la situación, y de inmediato me puse manos a la obra para trabar la puerta de mi habitación, usando las sillas y mi paraguas, sin mucho éxito, hasta que cogí un tablero del mostrador, y con eso creo que ya imposibilité que forzaran la puerta, sintiéndome así seguro. Esta protección se hacía más necesaria, dado que no había posibilidad de escapar por la ventana, al estar protegida por rejas, como todas las ventanas del Sur de España. Mi lámpara se apagó pronto, y me quedé a oscuras. Con las cerillas pude explorar mis alrededores, y revisé lo mejor que pude los cierres de las puertas, pero no podía estar muy seguro de la parte trasera de la casa. De todas formas, al estar seguro en mi propia habitación, la única forma de atacarme habría sido incendiando la casa, o forzar la entrada. No había pasado mucho tiempo, cuando me sobresaltó el ruido que hacían unas personas en la ventana; podía ser cualquiera, pero pronto oí la voz de mi cochero. Él y la dueña habían venido a coger unas salchichas de la tienda: eso era todo. Les dejé entrar y cerré la puerta al irse. Era evidente que algunas personas no iban a acostarse sin cenar.

Por fin me tumbé y me dormí. Por la mañana me desperté y descubrí que, al igual que en Lorca, no me habían asesinado, robado, agredido o molestado, y la cama no había estado tan mal. Estaba en pie a las 5.30, y el cochero vino a recogerme. Una vez que habíamos despertado a la dueña para pagar la cuenta, partimos a las seis en punto.